

**UNIVERSIDADE DE SÃO PAULO
FACULDADE DE FILOSOFIA, CIÊNCIAS E LETRAS**

BOLETIM N.º 140

**LÍNGUA E LITERATURA ESPANHOLA
E HISPANO-AMERICANA**

N.º 1

LUIS AMADOR SANCHEZ

6
20

CUATRO ESTUDIOS

(Hostos — Martí — Rodó — Blanco-Fombona)



SÃO PAULO (Brasil)

1958

Os Boletins da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de São Paulo, são editados pelos Departamentos das suas diversas secções.

Tôda correspondência deverá ser dirigida para o Departamento respectivo da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras — Caixa Postal 8.105 — São Paulo, Brasil.

The “Boletins da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de São Paulo” are edited by the different Department of the Faculty.

All correspondence should be addressed to the Department concerned. Caixa Postal 8.105, São Paulo, Brasil.



UNIVERSIDADE DE SÃO PAULO

Reitor: — Prof. Dr. Gabriel Sylvestre Teixeira de Carvalho

Vice-Reitor: — Prof. Dr. Francisco João Humberto Maffei

FACULDADE DE FILOSOFIA, CIÊNCIAS E LETRAS

Diretor: — Prof. Dr. Paulo Sawaya

Vice-Diretor: — Prof. Dr. Antonio Augusto Soares Amora

Secretário: — Lic. Odilon Nogueira de Mattos

LÍNGUA ESPANHOLA E LITERATURA ESPANHOLA E HISPANO-AMERICANA

Professor: — Luiz Amador Sanchez y Fernandez

Assistente: — Lucy Ribeiro de Moura

Auxiliar de Ensino: — Elza Accorsi

UNIVERSIDADE DE SÃO PAULO
FACULDADE DE FILOSOFIA, CIÊNCIAS E LETRAS

BOLETIM N.º 140

**LÍNGUA E LITERATURA ESPANHOLA
E HISPANO-AMERICANA**

N.º 1

LUIS AMADOR SANCHEZ

CUATRO ESTUDIOS

(Hostos — Martí — Rodó — Blanco-Fombona)



SÃO PAULO (Brasil)

1 9 5 8

La fecundidad y la madurez de la cultura literaria hispanoamericana, permite hoy una selección de frutos. Con este criterio hace tiempo que estoy dando a la publicidad en revistas y diarios del Brasil y de América, incluyendo los Estados Unidos, semblanzas, perfiles y comentarios, acerca de personalidades y aspectos de las letras americanas. Actualmente encuentro oportuno, como una proyección de la cátedra de Literatura Hispanoamericana reunida con la de la Lengua y Literatura Españolas, ir presentando esa labor ordenada, revisada y ampliada en las publicaciones del Departamento correspondiente en esta Facultad. De esta sistematización surge este primer trabajo al que seguirán inmediatamente otros.

Los cuatro estudios que aquí se compilan se refieren a Eugenio María de Hostos, José Martí, José Enrique Rodó y Rufino Blanco-Fombona. Representan la cultura de cuatro países, respectivamente: Puerto Rico, Cuba, Uruguay y Venezuela. Pero la referencia nacional no es lo de mayor importancia porque no se trataría, precisamente, de cuatro Repúblicas de gran extensión geográfica o de particular capacidad cultural en el continente americano de habla española, aunque tengan su indiscutible significación. Se trata de cuatro figuras que exceden a los ámbitos nacionales o regionales, que se desbordan de los límites geográficos locales, que fulguran por toda la tierra americana y son bien conocidas en Europa. Existe todavía otra circunstancia que las pone en tan particular relieve. Su trascendencia histórica en el mundo americano del pensamiento, del dinamismo espiritual y del ejemplo para las presentes y futuras generaciones.

Del pensamiento, porque son esas cuatro personalidades una revelación de la potencia creadora y orientadora de una cultura joven, con nuevos problemas por delante. Del dinamismo espiritual porque sobresalen en su inquietud avasalladora, con un sentido universal, aliando palpitaciones políticas, sociales, filosóficas y pedagógicas y, entrando con un talento superior en el campo de las

letras, sea en la poesía, en la novela, en el ensayo o en la crítica. Y, en fin, transcendentales, por su ejemplo, original, peculiar, como cuatro intelectuales genuinamente americanos y que pueden captar la atención en las presentes horas, por la disciplina de sus deseos y ambiciones, por la marcha serena de sus inteligencias y por la fijeza de sus ideales democráticos incorruptibles.

Son, cuatro exponentes de la literatura hispanoamericana que pertenecen a la época que abarca desde la segunda mitad del pasado siglo hasta el final, (como Martí), o hasta casi la mitad del presente, aproximadamente, (como Blanco-Fombona). A la característica individual se une un vasto período de tiempo importantísimo en la evolución literaria de este hemisferio.

Al iniciar el primer estudio, las consideraciones sobre Hostos sirven perfectamente como argumento para estas líneas prologales pues, en realidad, esas cuatro mentalidades con su obra individual, expresan una acertada iniciación al estudio de la literatura hispanoamericana, esbozando los problemas fundamentales que han de preocupar a toda la intelectualidad continental. Con el caso curioso que los dos primeros nombres, Hostos y Martí, ofrecen un paralelismo fascinador, por las vicitudes de sus existencias y por el el básico anhelo de sus espíritus. Hostos y Martí son la lucha por los ideales de libertad y de justicia. Rodó, es como una nueva aristocracia de la inteligencia americana, infundiendo la mayor esperanza en la realización de una nueva Belleza, revivida por la inédita amplitud de los recursos que se le ofrecen al escritor en América. Blanco-Fombona es la exaltación, en su fuerza explosiva, el caminante consciente de su ruta y de su misión, arrollando todo en su marcha y con el mensaje de una América que ya tiene su historia y que la aumentará asombrosamente en las próximas jornadas.

Se han corregido y aumentado y actualizado estos estudios. Lo último ha sido fácil pues el valor de estas figuras no es de ayer, sigue siendo de hoy. Se han hecho anotaciones bibliográficas y se ha escogido una breve antología, como apéndice a cada trabajo, con fragmentos de prosa o poemas.

Como siempre, esta Cátedra, ha laborado haciendo participar a los colaboradores en la preparación del material que habría de

juntarse aquí. Con ello, se ha procurado que el estudio de la literatura hispanoamericana sea un capítulo a tener muy en cuenta en el cuadro de las disciplinas que ocupan a este Departamento de la Sección de Letras de esta Facultad.

En una parte del estudio de Martí, se ha incluido en su original español el comentario que traducido publica también la "Revista de Historia de la Facultad y ello, en homenaje al primer centenario del insigne cubano, que se celebró en toda América el pasado año de 1953.

São Paulo, junio de 1954.

Luis Amador Sánchez.

Profesor de Lengua Española y
Literatura Española e Hispanoamericana.

EUGENIO MARIA DE HOSTOS

H O S T O S

No es la primera vez que destaco la personalidad de Hostos. La curiosa perspectiva histórica del momento, en América, vuelve a dorar la evolución de ese esclarecido espíritu, aparte de la cronología biográfica. En la revista *Hispanic Institute*, de Nueva York, de 1940, Andrés Iduarte, en un estudio sobre esa figura, decía que la existencia y la labor de Hostos, son parte principal de la primera piedra en que ha de asentarse el edificio intelectual y ético del continente americano.

El mejor método y, a mi entender, el único válido para entrar en el conocimiento directo, provechoso y seguro, de la historia de las letras de Hispanoamérica, es detenerse, lo más calmamente posible, en el examen de los que han representado el pórtico de una nueva civilización, a este lado del Atlántico. Hostos, Martí, Sarmiento, Bello, Montalvo... son como una galería monumental, que se ofrece al primer visitante que desea entrar en el recinto de la cultura hispanoamericana, y comprenderla. Para el pensamiento que amanece, en las propias tierras por las que Hostos, como sus compatriotas continentales, pasearon su odisea, sintiendo toda el alma americana, esa galería es un ejemplo, una virtud, una constante norma de conducta inspiradora.

*

* * .

Eugenio María de Hostos nació en Puerto Rico, en el distrito de Mayaguez, parte occidental de la isla. Su nacimiento ocurrió en un hogar parco de recursos y abundante en dificultades. Un acontecimiento dramático, en el lugar donde residía la familia, mudó favorablemente la situación. El incendio de Mayaguez, en 1841, facilitó al padre de Hostos cambiar de vida, al ponerse, por

su ilustración, al servicio del vecindario como relator de instancias a las autoridades, para la reedificación de las mansiones destruídas. Ilegó a conseguir una escribanía pública.

Pudo así, el hijo, iniciarse en el camino de la buena educación y hasta ir a España para cursar sus estudios secundarios y luego universitarios, em Madrid, matriculándose en la Facultad de Derecho. No terminó la carrera.

Puerto Rico, no había conseguido todavía su independencia, ni siquiera la obtendría más tarde, con la emancipación de Cuba, al pasar del dominio español al dominio norteamericano. Éste fué el doloroso anhelo que incendió a Hostos desde su primera juventud.

Solo, en Madrid, con vocación literaria, impaciente y desorientado, con la patria isleña clavada en el corazón e instintivamente acuciado por la diosa Libertad, se rebeló contra los estudios y contra la disciplina de la Universidad. Se integró en el movimiento de la juventud republicana española, escribió excitándose en la prensa y, arrastrado por la onda revolucionaria de 1868, tuvo que pasar a Francia. Desde esta etapa, la vida de Hostos aceptó un rumbo definido: Combatir por la autonomía de Puerto Rico.

Tenía indiscutibles cualidades de luchador. Montado en el Rocinante de su ideal político, que cobraba alas de Pegaso, fué así, Hostos, uno de los excelsos Quijotes que laboraron incansables, como un precursor, por la civilización americana.

Volvió a España, cuando creyó oportuna la ocasión, propicia con la caída del trono y ante el verbo elocuente de Castelar. Pero su decepción fué absoluta. En el Ateneo de Madrid, en diciembre de 1868, hizo su profesión de fe de libertar a su isla y de aborrecer cualquier dominio colonial extranjero.

Dejó España y regresó a América, con un programa: el de la federación de las Antillas, con Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Lo que hemos denominado su odisea, ocurrió en América.

En Estados Unidos desató su campaña libertadora, dirigiendo un periódico en Nueva York. Se opuso a las anexiones territoriales en las Antillas, siendo el primer revolucionado que no transigía por conveniencias momentáneas.

Con ese designio salió de Nueva York, para un viaje de abnegada y quijotesca propaganda.

Se detuvo un año en Lima, después de haber pasado por Panamá y Colombia. Su programa, que era su fe, ya no se restringía a una romántica conducta de puertorriqueño rebelde; era una conciencia continental americanista, una vocación civilizadora, erigida sobre la base de su cultura reciamente española y con la obsesión de libertar a su amada patria de cualquier poder extranjero, en nombre de los más sanos principios jurídicos, políticos y sociales.

Siguió hasta Chile, desembarcando después en Buenos Aires. En la capital argentina se le ofreció la cátedra de Filosofía, en la Universidad, la que rehusó alegando su propio destino, diciendo entre otras cosas: "He venido a la América latina, con el fin de trabajar por una idea. Todo lo que de ella me separa, me separa del objeto de mi vida". En 1874, estaba de vuelta en Nueva York.

Anduvo por Santo Domingo y fué llamado a Chile, como educador. Antes se había casado con la hija del doctor Carlos Felipe Ayala, también desterrado de Cuba. En la República chilena, rectoró el Liceo *Amunátegui*, que podía marcar una etapa pedagógica de innovaciones de la enseñanza, rompiendo con los moldes austeros para fundar una instrucción en principios liberales, de humano contacto con los alumnos, elevando la docencia a la categoría de apostolado. Tras nueve años de tareas didácticas, en Chile, no quiso descansar más de su misión pública y se decide volver a la patria, cuando la liberación de Cuba y su nominal independencia reconocida por los Estados Unidos, hasta la República de 1908. Desde Nueva York lanzó su manifiesto a los patriotas puertorriqueños.

Murió en agosto de 1903, sin haber conseguido ver realizado su sueño patriótico, sin haber perdido la voluntad de luchar. La esperanza, no sabemos en qué punto, se fué con su vida. En su *Diario* hay páginas postreras de íntima decepción, de fastidio y de cansancio por la existencia; no porque le faltasen fuerzas físicas, sino porque "veía la aterradora realidad. . . el sacrificio irreparable de los suyos y de él mismo". Como don Quijote, en su lecho de enfermo. Pero como don Quijote, un valor inmortal en el deseo de justicia para los hombres todos.

*

* *

Recordando a este hombre, remozando las actividades de esta mentalidad subyugadora, entregándose a la evocación de esta figura que es carácter y pasión, anhelo y perseverancia, cáptase, en toda su fascinadora universalidad, el alma y el paisaje de América toda, de una América en formación, de una América en fiebre que sigue a la pandemia que produce su libertad, de una América que hierve en los rescoldos que ha dejado la hoguera de su emancipación.

Hostos es una enseñanza; un ejemplo. En la galería histórica americana, el cuadro de este hombre debe ser como un óleo en el que han dejado sus pinceladas todas las inquietudes, una a una, relevantes de la personalidad incipiente que iba creciendo en cada parte nacional del continente americano. Admirémosle sí, cuál se merece, admírelo este Continente, como a uno de esos peregrinos que atravesaron sus tierras llevando en sus bordones la flámula del ideal desinteresado, ondeando al impulso inagotable de su inmenso amor por una América noble y bella. Ese inmenso amor le llevó a tan rotundas afirmaciones como ésta: “la civilización política y moral de América es más completa que la de Europa”; en otra ocasión amonesta a los europeos: “Quieren que sesenta años o menos de autonomía nacional y de formación independiente de la vida produzcan, en estas sociedades que se desarrollan, el resultado que han producido siglos de trabajo y lucha en Europa”.

*

* *

Los antecedentes de su origen español y, especialmente, de su educación española en la juventud, son ya más que suficientes para comprender el tesón y la voluntad firme de su espíritu revolucionario, que, si fué fogoso, luego se condensó en una aspiración por la libertad americana, en una evolución pacífica de las ideas.

Este es el gran fenómeno histórico, incontestable, en la emancipación de América española. La espada victoriosa de San Martín, antes de afilarse en las crestas de los Andes, se templó en los campos de batalla de Bailén, cerca del Guadalquivir; el talento político del otro libertador, Simón Bolívar, se formó en la cultura de la patria a la que habría de vencer, y Eugenio María de Hos-

tos, al abandonar definitivamente Europa en 1869, se lleva al Nuevo Mundo el aprendizaje político recogido y practicado en la calle, en los Centros, en las reuniones y en los periódicos revolucionarios de Madrid y Barcelona. Sabía quienes eran Espartero, Narvaez, O'Donnell, Serrano, Sagasta, y habría de ser citado por Benito Pérez Galdós en su episodio nacional *Prim*. Más que aprendizaje; ya estaba Hostos doctorado para la lucha política.

Viaja por América con la propaganda en favor de la emancipación de Cuba y Puerto Rico, sube a la tribuna y escribe en la prensa; pero en América, precisamente, el revolucionario cambia de táctica y se da cuenta por fin “que la única revolución eficaz y salvadora es la revolución moral, la revolución educativa”, según dice José Padín en uno de sus trabajos biográficos sobre Hostos. “Hostos no ha dejado de ser un rebelde, pero su rebeldía se disciplina”, afirma otro biógrafo suyo.

La actividad de hombre de letras y de profesor, en Hostos, acompaña a sus traslaciones en América, de norte a sur. En los Estados Unidos, en Puerto Rico, de donde sale por dos veces, en Chile, en Santo Domingo, en Venezuela, en Perú, en Panamá, en Argentina, va dejando la estela de su obra y de su cultura y de su dinamismo y, Hostos, se integra plenamente al corazón de América, de forma tal, que se diluye su nacionalidad puertorriqueña, para pertenecer a toda la nacionalidad americana. En el escenario de los violentos sentimientos separatistas, Hostos se incorpora al mundo hispanoamericano, al espíritu y a la intelectualidad hispanoamericanos. Su itinerario por el continente, repetimos, es su biografía como escritor y maestro.

En Puerto Rico, entre otras múltiples actividades fundó la Escuela Normal. Fué catedrático de las siguientes materias: Derecho Constitucional, Internacional y Penal y Economía Política, desempeñando estas cátedras en el Instituto Profesional de Puerto Rico y en la Universidad de Chile.

En Nueva York, entre sus trabajos figura la creación de la Liga de Patriotas Puertorriqueños, y al propio tiempo estudiaba en los Institutos de Psicología Experimental. Desempeñó diversas comisiones de carácter político y cultural. Su pluma colaboraba en los principales diarios de Sudamérica y de Nueva York. Por

todas partes dejó oír su palabra didáctica y recibe los honores debidos a sus méritos indiscutibles.

Hostos se perfila como hombre jurídico; el Dr. Joaquín Balaguer, de la Universidad de Santo Domingo, que ha estudiado a Hostos como “animador del Derecho”, dice de él que, antes que sabio a lo Pasteur, fué sabio a lo Rousseau y pone de relieve el libro que más poderosamente llamó la atención, sus *Lecciones de Derecho Constitucional*, que publicó en 1887 y que constituyen la más brillante y elocuente apología que se haya hecho jamás de las instituciones norteamericanas.

Hostos es autor de una serie bibliográfica que abarca tratados como el de *Historia de la Pedagogía* hasta *Nociones de Astronomía*, todos ellos fruto de cursos dictados en los Institutos, Universidades y Escuelas. Fué comediógrafo, novelista, ensayista, orador clásico sin adornos barrocos y, sobre todo, un hombre desbordante del gran ideal de la libertad y de la democracia.

La disciplina, en sus arrebatos juveniles, en el empuje que le había dado el torrente político español, en su apostolado por la autonomía de Cuba y Puerto Rico, en su trayectoria revolucionaria, en fin, nace justamente en América, al visitar América. Pasa por las capitales americanas y se detiene en ellas, y en ellas estudia, y sufre, casi, la decepción de ver los estragos que causa el encuentro de las pasiones. Es entonces cuando siente temor ante las consecuencias palpables de los movimientos ciegos, en que se sacrifica la felicidad de los países en nombre de ideales que esconden intereses, y se desarrolla en él su instinto pedagógico, porque tuvo un momento en que se creyó víctima sin remedio del desaliento. Dumont, el apóstol del Benthamismo, dijo en cierta ocasión que un gran remedio para los dolores del alma es *enseñar*, que nada da tanta actividad al espíritu; y Hostos hizo eso, dedicarse a la cátedra, llenar el aula, hacer la revolución del pensamiento desde la tribuna de profesor, para lo que le sobraban arreos, cultura, inteligencia y dedicación.

*

* *

Hostos, en su brillante peregrinación por el continente americano, pasó también por Brasil. En 1872 fué a Argentina, donde

fundó la *Sociedad Pro Independencia de Cuba*, y donde fué huésped de Mitre, y regresa a Nueva York, en abril de 1874, pasando por Río de Janeiro y allí deteniéndose.

Concha Meléndez, en un artículo que integra el texto de la "*Revista Hispánica Moderna*" de Nueva York, dedicado al centenario del nacimiento de Hostos (1839-1903), en ese artículo, titulado *Hostos y la naturaleza de América*, inserta preciosas referencias a esa visita. En *La Tribuna* de Buenos Aires (marzo y abril de 1874), se publicaron unos artículos de Hostos sobre Santos, San Pablo, Rio de Janeiro y Petrópolis.

Hostos se inflamó al contemplar la naturaleza del Brasil; pero, sus sensaciones y sus impresiones no caen en el lugar común, en la vulgar descripción del trópico, con el estilo del impresionista, para no escudriñar otra cosa entre la selva y a la luz del sol brutal, que la vegetación virgen y el misterio de los élitros. No, la fuerza del pensador puertorriqueño se armoniza con la fuerza cósmica e investiga, en la potente naturaleza, los latidos de vida que pueden ser profícua enseñanza social.

Oigamos a Concha Meléndez: "En sus impresiones de la naturaleza del Brasil nos da una contradictoria justificación de lo que era en él capacidad sensorial y psíquica para contemplar las bellezas naturales. Confiesa allí su desagrado por las descripciones de la naturaleza donde lo pintoresco es el único fin. La naturaleza también es enseñanza, enseña como idea porque sugiere continuas asociaciones entre ella y el mundo interior de cada hombre".

Al hablar de la Cadena de los Órganos en Brasil, éstas fueron las reflexiones de Hostos: "Sería digno de ser racional el espectáculo... En la frente, las sendas del áspero combate; en la raíz de la consciencia, la conciliación de las pasiones que la agitan; alrededor, en los accidentes de la vida, la dulce armonía que debe resultar del combate de toda individualidad en las varias manifestaciones de su ser".

Esto sí, puede llamarse una interpretación de paisajes, cruzados con el alma repleta de grandes anhelos, con el espíritu fecundo de altas ideas.

Con ese ritmo deberían siempre interpretarse los panoramas como los del Brasil, donde, en cada perspectiva no sólo hay un

mundo botánico, sino hay un enjambre de ideas escondidas, que el espectador, si posee sanos recursos mentales y nobleza de sentimiento, puede hacerlas levantar, hacerlas volar, como si hubiese espantado un campo de mariposas dormidas en el cáliz sabroso de las flores ocultas.

“Cuando el sol tropical cae sobre una tierra seca, se produce la muerte como en el Sahara, cuando cae sobre una tierra bien regada, se produce la vida como en la selva brasileña; Brasil, al revés que África, es todo vida”, son conceptos de Waldo Frank.

Y, cuando a esa naturaleza prolífica se asoman cerebros como el de Hostos, se arrancan de ella sin cesar sugerencias, que vibran como las alas cantoras de los insectos bajo las sombras calientes de los bejucos.

Comenta la escritora citada antes, las sensaciones del trópico brasileño trasladadas por Hostos: “La naturaleza del Brasil motiva las reflexiones sobre la lucha cósmica que nos rodea en el mundo vegetal y zoológico... Lo difícil desagrade a los espíritus superficiales, y el trópico exige atención ahincada, escrupulosas reparaciones de géneros, localización exacta de los lugares en llanos y montañas, donde se amontonan entretrejidas, sus demasías vegetales... Los perezosos de espíritu rehuyen esas almas prolíficas porque fatigan con sus grandes hechos, sus bellos sentimientos, sus ideas generosas... Compadeciendo a los negros esclavos del Brasil, Hostos precisa cuál debe ser la relación del hombre con la naturaleza. En aquel paisaje espléndido, la esclavitud del negro es desarmonía dentro de la naturaleza. Nunca es más bella la tierra para Hostos, como cuándo está cultivada por el hombre, rendida al bien del progreso, para la felicidad de sus habitantes. Esa fusión amorosa de hombre y naturaleza, es el fundamento soñado de la América prevista por Hostos, síntesis de todas las razas, crisol de todas las ideas útiles al perfeccionamiento humano...”

Como vemos, Hostos pasó por Brasil y no en vano. Su breve pasaje le sirvió para impresiones que pueden ser ejemplo de bellas y profundas observaciones sobre el alma y la naturaleza brasileñas. Anchura y profundidad fué lo que adivinó a su paso por Rio de Janeiro. En su única novela — *La peregrinación de Bayoán* — ya acusa Hostos una competencia intelectual por las grandes

descripciones y por las síntesis geográficas. En Brasil no sólo encontró clima romántico sino panorama de magnífica filosofía.

!Y hay todavía tantas cosas por escribir sobre este Brasil, siguiendo la línea intuitiva que trazó, casi fugazmente, el vigoroso pensador antillano!

América es tierra de promisión y renovación; y Hostos es uno de sus máximos profetas — ha exclamado uno de sus biógrafos —; y así traza, otro de sus grandes admiradores, el fin de tan admirable existencia: “Contemplando el mar encrespado de las Antillas, en cuyo seno quería reposar, rindió la vida”.

*
* *

La obra escrita, de hombres como Eugenio María de Hostos, está uncida a la propia vida del autor, como partículas no sólo del pensamiento sino de su dinamismo, de su inquietud patriótica, de actividad político-didáctica. No es el producto de una imaginación aquietada, sino de una subversión espiritual, pero, aunque parezca paradójico, disciplinada por una labor de sabio, de erudito. Por esto su producción participa tanto de la idea como del corazón, desgarrado en la pluma y en la palabra.

Como aquel momento que vivió Hostos era el de los problemas del derecho a la libertad, resulta que, cincuenta años después de su muerte, el sacrificio de su vida se proyecta en sus páginas escritas, como un reguero palpitante de luz ejemplar que ilumina hoy, como iluminó ayer, porque subsiste todavía la esencia del mismo anhelo, del mismo deseo. La autonomía de Puerto Rico no agotará el problema de las independencias, de las soberanías y de las emancipaciones.

Hostos abarcaba, con su apostolado, una extensión de impulsos que no se contenían en los límites geográficos de su isla natal. Y he aquí el interés permanente de lo que ha dejado Hostos, alumbrando ese camino rudo y áspero que sigue bloqueado por las fuerzas contrarias que retrasan la conquista suprema de los derechos del hombre, convertidos en derechos dramáticos.

*
* *

El primer libro que publica Hostos, precisamente en España — 1803 —, en el albor de su juventud, es el ya referido: *La peregrinación de Bayoán*. He aquí lo que el autor escribe en el prólogo: “Este libro, más que un libro es un deseo; más que deseo, una intención; más que una intención, es sed de justicia y de verdad”. Si Hostos murió sin satisfacer esa sed, la humanidad de hoy tampoco puede afirmar que la haya podido apagar.

Se evocan en el libro tres símbolos de las tres grandes Antillas: Puerto Rico, Cuba y Santo Domingo, representadas respectivamente por tres personajes indígenas, históricos y legendarios: Bayoán, nativo de Boniquem, el primero que no se dejó llevar por el mito de la superioridad e inmortalidad de los españoles al descubrir éstos nuevas tierras; Marién, nombre indígena que hoy es Mariel, notable región de Cuba; y Guarionex, el poderoso cacique de Haití, cuando a aquellas costas arribó el Descubridor.

Desde ese momento, la producción de Hostos, hay que registrarla, primero, en las columnas de los periódicos — unos, que dirigió y otros donde colaboró — en las hojas de su Diario, para anotar, poco más tarde, estudios, conferencias y ensayos críticos y biográficos, publicados de 1871 a 1881. De ello, podemos destacar una semblanza de Gabriel de la Concención Valdés, conocido por el seudónimo de “Plácido”, interesantísima figura cubana (1809-1844), poeta de primoroso estilo y de acento doloroso, otro idealista por la verdad y la justicia que cayó, fusilado, víctima de sus propios versos, que cantaban la redención del esclavo en Cuba. ¡Qué armoniosas suenan todavía las estrofas de *La siempreviva* de Plácido! Hostos lo estudió como a un compañero de luchas.

Seguimos señalando, en aquellos años, un magnífico ensayo sobre *Hamlet* (1873), cuando estaba en Valparaíso. Hacía tiempo que en su Diario había anotado el propósito de ese estudio, diciendo que se encontraba en la situación moral del héroe de Shakespeare y que, como él, se sentía infeliz al detenerse demasiado en la duda de lo que debía hacer, y en no hacer lo que quería.

En 1874, también en Chile, editó la biografía de Carlos Manuel de Céspedes, otro patriota cubano, el heraldo del grito insurreccional de Yara y que, como Plácido, pagó con la vida su ansia de independencia colonial.

Tras esta actividad literaria, a la que habría que añadir las Conferencias sobre la Enseñanza científica de la mujer (1872), y otro estudio biográfico sobre Francisco V. Aguilera, también político cubano, participante de la revolución de 1868, Eugenio María de Hostos cubre el período de 1881 hasta 1893, publicando obras de envergadura didáctica y de erudición jurista y sociológica. *Lecciones de derecho constitucional* (1887); *Moral social* (1888) — con varias ediciones en América y España y que sigue siendo obra de texto; *La Reforma de la enseñanza del Derecho* (1889); *Programas de castellano* (1893) y *Programas de Historia y Geografía* del mismo año, ambos trabajos distinguidos con el primer premio del Concurso Universitario de Instrucción Pública de Chile.

Fué la época en la que, llamado a Chile por el Ministerio de Educación, allí estuvo consagrado a la pedagogía durante nueve años y, al desempeñar el cargo de Rector del Liceo Amunátegui, deslumbró a aquella juventud escolar con la sabiduría de su cátedra y con su labor humana y comprensiva. ¡No sabe todavía, la América Latina, lo que debe a Hostos en el dominio de la enseñanza, la que él revolucionó e innovó, sobre las bases de lo que habría de ser la posterior y más moderna instrucción universitaria!

Antes de salir de Chile, su bibliografía se enriqueció todavía con un estudio sobre Manuel Antonio Matta, con una *Geografía evolutiva*, editada en Santiago en 1895 y que se oficializó en los Liceos chilenos, y con *Cartas públicas acerca de Cuba* (1897), que después tomó el título de *Examen crítico del derecho de Cuba a su independencia*.

En el transcurso de su vida de peregrino, Hostos se vió, en ocasiones, en la contingencia de ampliar su labor literaria con las traducciones al español, para resolver peremptorias necesidades económicas. He aquí una lista de esas traducciones de Hostos: *Don Quijote*, de Paul de Saint Victor; *La Justicia y La Revolución en la Religión y en el Estado*, ambas de Prudhon; las *Cartillas Científicas* que la editora Appleton, de Nueva York, imprimió en 1893 para la América española y que contienen: *Nociones de física*, de Balfour Stewart, *Nociones de Química*, de H. E. Roscoe, *Nociones de Astronomía*, de J. Norman Lockyer y *Nociones de Geogra-*

fía de A. Geikie. *Cartillas* éstas que adquirieron una divulgación extraordinaria en el mundo escolar hispanoamericano, por su mérito científico y económica edición. La misma casa Appleton publicó la traducción de Hostos de las *Cartillas históricas*.

¿Es o no de admirar esta fecundidad de Hostos?

El aspecto pedagógico de su producción ha sido cariñosamente estudiado por Henríquez Ureña, sus fluencias filosóficas, por F. García Calderón, sus ideas y su literatura por Carlos Arturo Torres.

La más reciente publicación sobre Hostos, se debe a la Editora Estrada de Buenos Aires, que, en 1952, publicó *Páginas escogidas*, con una inteligente noticia biobibliográfica. En este volumen se seleccionan incluso pensamientos y conceptos de Hostos, que pueden asombrar al que desconozca esta mentalidad americana: “De dónde viene el recién nacido, y por qué llora? A dónde va el recién muerto, y por qué sonríe?” Su escepticismo religioso se condensa en esta reflexión: “Las religiones que ofrecen a sus sectarios una vida eterna, eterna en la gloria o el tormento, los engañan. La vida es eterna en cuanto es vida: es transitoria en cuanto estado”. El caso es que Hostos, tampoco, creía en la destrucción de la vida, y expuso el problema más sensacional de la moderna filosofía, adelantándose a Unamuno, con estas palabras: “Si hay muerte, no hay Dios. Si Dios es, tiene obligación de ser justo, y sería injusto, si dando la condición del perfeccionamiento a nuestra vida humana, nos interrumpiera en la vía del perfeccionamiento”. La angustia de la vida y de la muerte se halla palpable en el pensar de Hostos, que le induce a algunas contradicciones, como le sucedió a Unamuno.

*

* *

Es, Hostos, uno de los quijotes civilizadores de América. Civilizador, desde luego, por la profundidad de su espíritu prolífico con que abonó las letras, la pedagogía y el ansia de libertad en Hispanoamérica, válido para todo este Continente. Quijote, como ya dijimos, por su tesón exaltado igual que el héroe cervantino. Haciéndose inmortal como el Caballero de la Triste Figura, a medida que pasan los años y que las generaciones abominan de la

derrota del Bien y de la Verdad, volviéndose al espíritu luchador de esos personajes, los de ficción, porque se hacen realidad como el de Cervantes, y los reales, porque permanecen con su recuerdo y su obra, como las estrellas en el cielo, sin dejar de centellear con su luz eterna, en las noches que nunca dejarán de faltar, noches claras, de promesas o de esperanzas.

Notas bio-bibliográficas

Han estudiado la vida de Eugenio María de Hostos: — J. A. Balseiro, en *Modern Language Journal*, de Winsconsin, 1933; E. T. Blanco, en el *Índice*, de San Juan de Puerto Rico, 1931; Rufino Blanco Fombona, en *Cuba Contemporánea*, Habana, 1914; J. Bosch, S. Juan de Puerto Rico, 1938; M. A. Carbonell, de la Habana; el portugués E. de Carvalho; J. Ferrer, en Puerto Rico, 1936; Luis Galdames, en *Nosotros*, de Buenos Aires, 1938; B. de Hostos, en Santo Domingo, 1929; Arturo Mejía Nieto, en Buenos Aires, también en la revista *Nosotros*, 1939; Julio Nombela, en el *Progreso Literario*, de Buenos Aires; Antonio S. Pedreira, en Madrid, 1932; Emilio Rodríguez Demorizi, de Ciudad Trujillo, 1939; Carlos Arturo Torres, en conferencias en Caracas y, últimamente, José D. Forgione, en la nota a guisa de prólogo que abre el volumen de *Páginas escogidas* de la editora Estreda de Buenos Aires.

*

* * *

PAGINAS DEL DIARIO INTIMO

Madrid, octubre 2, 12 1/4 h. (noche). — 1866.

ESTÍMULOS. — Estímulos es el nombre genérico que he dado a las máximas que voy a copiar. De la fuerza que tengan no es buen indicio el olvido en que las dejo caer; pero como precisamente para tenerlas siempre delante de los ojos exteriores las escribí, confío en que sus efectos serán más seguros que la enervante predicación secreta de la facultad de donde emanan.

Sé económico para ser digno. Lo infinitamente pequeño es lo infinitamente grande. — Si aceptas el mundo, tienes obligación de ser hombre de mundo. — La madre de ese hombre es la voluntad. La voluntad es *todo* el hombre social. — Si no tienes voluntad, no serás nada, aunque tengas alma de Dios. — Elige entre tu voluntad y una pistola. — El suicidio es una debilidad; pero es un crimen el no ser hombre útil.

Estos seis pensamientos son manifestación de esta idea: Tengo que ser hombre en el mundo y para ello necesito voluntad. Tres de ellos forman un silogismo perfecto, cuya consecuencia me dice

terminantemente que la fuerza que busco es la voluntad. Las otras tres máximas son corolarios exactos. La quinta y la sexta expresan compendiosamente mi pensamiento, mis vacilaciones y mis congojas de muchas horas, de muchos días, de muchos años de lucha sorda.

Cumple con todos tus deberes y gozarás de todos tus derechos. — Tu primer deber es ser hombre: no lo cumplas, y llevarás contigo tu muerte. — Tu primer derecho es el de gozar de la armonía de tu ser con todo lo que existe. — Perfeccionate, es decir, sométete al deber, y la *armonía* será.

El octavo pensamiento, me denuncia el vacío que separa mi realidad de mi ideal. La máxima novena manifiesta mi aspiración y mi convicción constantes: el hombre doblegando lo rígido, lo áspero, lo malo de sí mismo, elevándose, perfeccionándose, ése es mi objetivo. La muerte del sentimiento, de la acción, de la facultad intelectual, ése es el castigo que me impongo. La máxima novena es fórmula del porvenir que me auguro, con que sueño si llego al desenvolvimiento completo de mi espíritu. Que perfección no es otra cosa que cumplimiento del deber y que éste es la armonía, dice la máxima décima, fotografiando mi pensamiento que hace ya mucho tiempo que se ha detenido en ese imponente juicio de la vida humana. Al copiar estas máximas y hallarlas tan conformes con mis creencias, mis sentimientos y mis deseos, me pregunto confundido estas dos cosas: Primera: ¿Cómo es que quien tan altamente ha colocado su ser moral, camina tan despacio? Segunda: ¿No me equivoqué anoche al decir que estos pensamientos eran producto de un acto de imaginación cuando tan exactos reflectores son de mi alma toda?

Sé pequeño para ser grande; lento para ser rápido; diligente para serlo todo. — Sé ordenado para ser exacto; metódico para gozar del tiempo; económico para ser digno.

Estos consejos atacan directamente muchos vicios de mi carácter. Si conocerse es perfeccionarse, no desmayemos, ¡o puedo ser!

Confíesate tres veces por la noche: una en el diario de tus sentimientos y tus actos; otra, en el resumen de tu trabajo intelectual; otra, en tu libro de cuentas. — Vuelve a ser reservado.

En la amonestación décimatercera, el hombre de dentro se prepara a salir. El precepto décimocuarto es una experiencia pesimista. Un espíritu reflexivo por tanto concentrado, salió de sí, se desbordó, y el desbordamiento le hizo daño. Si logra recogerse, sabrá ser franco sin ser duro, sincero sin ser comunicativo.

Aprende a hablar y habla a tiempo. — No pierdas ni un momento en conversaciones, ni con hombres frívolos. De león te convertirás en jumento. Es decir: la palabra oportuna es una potencia; pero no la prodigues porque perdería su fuerza, y de enérgico te harías débil.

Ama para ser amado. ¿Qué quiere decir esto? Que se está generando el sentimiento hace mucho tiempo; que está cohibido; que está enfermo; que pide una expansión; que ya se empieza a ver la necesidad de concedérsela. Esto, por un aspecto. Por otro, quiere decir que en la vida de relación, el medio eficaz de no enredarse en la madeja, es proceder con dulzura y con benevolencia.

Obedece al reloj, y nunca se anidará el tedio en tu corazón. — El tiempo es aire para el trabajo: para el ocio es plomo. — Aquí está el recuerdo aleccionador. Nadie ha sido más víctima del tedio por ser más indiferente al presente con que se ha hallado.

Ama la gloria por lo que tiene de estimulante; aborrécela por lo que tiene de enervante. — El único buen juez es la conciencia; pero el mejor tribunal es el que forma ella con el mundo. Es decir, pide primero la aprobación de tu vida al juez interno; pero no desdeñes al externo, porque ambos forman el tribunal de apelación. ¿Sigo yo estos consejos...? He suspirado.

Lima, 28 de noviembre del 70.

¡Lo que es ser pobre y alojarse pobremente en un país rico en donde es una especie de obligación el alojarse en el hotel más rico! Eso y el viaje en segunda en el vapor en que venían el sobrino del Presidente y uno de los ex presidentes de la República me están haciendo sentir que se establece una barrera entre muchos hombres y yo. Mientras más contento paso una velada en compañía de hombres inteligentes, distinguidos, de consideración, más temo el día siguiente, porque tan pronto contesto modestamente “en el Hotel Seronvalle” a la pregunta de adónde me hospedo, em-

piezan a interrogarse entre sí, siguen por admirarse de no conocer el hotel y acaban por mirarme con ojos inquisitivos. ¿Cómo no han de dudar los ricos de un hombre que viene a luchar por una idea sin siquiera los recursos iniciales para luchar? Ciertamente, si es la falta de dinero lo que hace al aventurero, nadie lo ha sido más que yo lo soy. ¿Cómo no han de alejarse del que no tiene con qué justificar la abnegación de que da pruebas, de la educación que desde el primer momento pone de manifiesto? Mientras más digno, más cortés, más atento, mientras más contrasta la pobreza de mi indumentaria con la riqueza de mi corazón, más dudan de mí, más desconfían. Aun hasta los que tienen necesidad de mí. El pobre joven venezolano tenía razón cuando me decía en Panamá que un pobre no podía esperar conseguir nada en un país rico. Oyendo eso, yo hubiera debido no venir, no exponerme a los tormentos de amor propio que he sufrido en el viaje, ni a las dudas de la gente que he conocido en Lima. Aun mi propio trabajo se volverá contra mí: “¡Cómo — se dirán —, viene a hacerse intérprete de los intereses revolucionarios de las Antillas y se pone a trabajar!” La dignidad, tan exigente en mí, contribuye también a mi embarazosa situación.

Buenos Aires, Quinta Guido, enero 12 de 1874.

Ya tengo treinta y cinco años. Ayer fué el sombrío aniversario. Puede ser que nunca haya entrado en un nuevo año de mi vida en condiciones más enojosas y bajo el peso de ideas más negras.

He aquí las condiciones: pérdida absoluta de la fe en los hombres y en mí mismo. Horror a la realidad brutal de la vida y desesperanza de poder influir en ella para hacerla mejor. Amargo reflexionar en las fuerzas que he perdido tratando de ser un espíritu fuerte. Vivo y agrio sentimiento del error que he cometido lanzándome solo, sin otros recursos que la resolución de servir a la verdad y a la justicia, en un combate en que yo sabía que no podía triunfar. Abatimiento el más profundo al verme aislado en el combate por la justicia y temor de verme siempre y por todos abandonado como estoy ahora y he estado siempre.

He aquí las ideas: a los treinta y cinco años, uno que hubiera tenido un poco más de audacia, de pasión y de amor a sí mismo, hubiera hecho, con mis fuerzas morales e intelectuales, cualquiera que hubiera sido su objetivo en la existencia, todo lo que hubiera querido. Yo estoy tan lejos de haber llegado al fin que me proponía, que ni aun sé lo que quería. ¿La gloria? Voy a ella por atrechos¹. ¿La verdad? La amo más por reacciones contra lo falso que por acción continua de mi razón. ¿La justicia? Otra reacción contra la iniquidad de los hombres. ¿La patria libre? No sé si es servirlo el divorciarme completamente del sentimiento de mi país, el forzarlo con el ejemplo de una abnegación que él aborrece a una lucha que él parece no desear. ¿El triunfo de Cuba? No sé todavía si quedándome en España y llenando el papel que otros han intentado sin la fuerza de convicción que yo había puesto en ello, yo no hubiera hecho cien veces más y mejor de lo que he hecho con mi peregrinación y mi propaganda. ¿La constitución de una América tal como yo la he soñado? Sé que jamás hombre que se sale de la realidad y la combate puede operar con éxito sobre una parte cualquiera de la humanidad. El sentimiento de mi soledad total, la irritación de todo lo en mí irritable contra todo lo que se opone a lo que creo bueno y justo; la pérdida total de las pasiones y de las fuerzas que ellas dan; la conciencia de mi inferioridad respecto de la tarea que me he impuesto mientras no me decida a hacer cosas que detesto; la necesidad de ser lo que creo hacer para realizar mi doble ideal de la independencia de mis islas y de mi carácter, todo me empuja hacia una resolución que me parece la más loca.

Pienso en ir a Cuba: primero, para protestar con mi conducta de la de las gentes; después, para desarrollar en todas sus fases mi carácter y para hacer el aprendizaje de una parte de la vida de que yo hubiera podido no prescindir si no hubiera sido por la doble presión del sentimiento de la justicia y del orgullo que me han empujado a serlo todo, pensamiento y acción, para realizar mi objetivo.

Ir a Cuba sin recursos, sin confianza en mí mismo, sin confianza en los otros es probablemente ir a buscar la muerte tal vez

(1) — *Atrecho*. Voz portorriqueña. Significa *atajo*, *senda*.

a deshora. Ir a Cuba por desesperación, para probar que jamás he sido el hombre débil que se me cree, es una debilidad. Ir a Cuba abandonando lo que con mis esfuerzos yo hubiera podido hacer por Puerto Rico, es sacrificar el fin capital de mis esfuerzos.

Y sin embargo pienso en ello.

No hago nada aquí. Mi propaganda no ha tenido otro resultado que el procurarme el odio violento de los españoles sin una sola adhesión decisiva de los americanos. Estoy aquí de más. Todo se ha presentado de modo a hacerme desistir y hacerme tomar una resolución racional, la de quedarme a vivir aquí o en Chile, y podría y tal vez debería hacer lo que me había prometido.

La vida me es tanto más cara cuanto que la he dedicado a un gran fin; ¿pero no sería cumplirlo el morir por lo que he predicado? Desearía antes de morir saborear un poco el bien de amar y de ser amado. Quién sabe si es precisamente en el fondo de los bosques cubanos, entre las heroicas familias que siguen a la revolución, que yo estoy destinado a encontrar el alma de mi alma.

Pienso en mi padre, en mis hermanas, en mis deberes hacia ellos, en los nuevos dolores a que voy a sujetarlos, y que yo querría poder evitarles, pero sufro demasiado las continuas vacilaciones de una vida sacudida por tantas fuerzas contrarias para no saber el mal que me hacen las vacilaciones.

Si llego a hacerme a los hábitos militares, a pelear como cualquier otro, a ser el brazo de una idea después de haber sido la cabeza y el corazón, estaré contento de mí mismo porque habré realizado el hombre soñado y porque habré dado un gran ejemplo a los hombres, una fuerza irresistible a la revolución de las Antillas.

¡Ah! ¡Cuánto daño me hizo mi padre al hacerme desistir de la idea profética que tuve en mi infancia cuando quise hacerme oficial de artillería! Yo sería ahora el hombre de la revolución. Mientras que ahora, es probable que yo vaya, no al primer triunfo, sino al último sacrificio. Sería lástima. Todavía tengo en el cerebro todo un mundo de ideas por construir; en la conciencia todo un mundo nuevo por organizar; en la voluntad muchas nobles acciones por realizar. Mas, puesto que no he sabido o podido encon-

trar la verdadera vía, sigamos al menos la por donde llegaré a la acción tan deseada.

No por pretenciosa, deja de ser sencilla mi idea de la vida. Sentimiento, debo amar. Inteligencia, debo conocer. Conciencia, debo imponer todos mis derechos y cumplir todos mis deberes. Voluntad, debo hacer lo que sé es bueno y justo, amar el bien y la justicia.

No he realizado mi sentimiento. Siempre he sido desgraciado, porque la idea de perfeccionamiento y la ambición de deber mi felicidad a mis esfuerzos por el bien han obedecido siempre al sentimiento. No he realizado mi razón. He sido siempre juguete de la imaginación o de errores seguidos sistemáticamente o de una disposición demasiado ideal a la verdad, al bien y la justicia. No he realizado mi conciencia. Aun habiendo hecho verdaderos sacrificios a lo que yo creía un deber de conciencia, temo haber hecho el mal. No he realizado mi voluntad. Aun haciendo lo que he querido, me he detenido siempre o por temor al mal o por amor a la verdad o por falta de audacia o por desprecio a la fuerza o por el sentimiento de mi soledad o por horror al escándalo.

Hubiera podido amar y ser amado más que nadie en el mundo, y no he hecho más que combatir mis afectos: abandonando mi familia bien amada; abandonando a tres novias, cualquiera de las cuales hubiera podido ser la alegría de mi vida; abandonando la gloria. Hubiera podido ser un hombre de ciencia, un pensador, un filósofo; lo he abandonado todo al sentimiento de un deber tanto más dudoso cuanto mejor sé que el cumplimiento del deber está ligado al instinto de conservación, de fuerza, de potencia y de gloria personal.

Hubiera podido ser un hombre perfecto en el bien. No he hecho nada.

Hubiera podido hacerlo todo: mi gloria, aceptando lo que la humanidad cree es glorioso; mi potencia, acomodándome a las imperfecciones de los otros y a ellos mismos; el bienestar de mi familia, levantándola con mi gloria y mi potencia; mi contento personal, haciendo todo el bien que con tanta perspicacia he distinguido aún en el mal.

La vida tiene en mí tantos períodos como facultades el alma y yo hubiera podido cumplirla noblemente realizando el sentimiento, la voluntad, la conciencia, la razón.

Hubiera podido ser un hombre feliz en mi juventud perdida, haciendo felices a los míos. Hubiera podido ser un sentimiento, una conciencia, una razón actuando en el período de la acción.

Yo hubiera consagrado mi vejez a ordenar en un sistema todos mis pensamientos, todas mis experiencias, todos los juicios de mi razón, todas las condenaciones y las glorificaciones de mi conciencia.

Nada ha sido hecho.

Así, vale más morir tratando al menos de hacer triunfar, no por el sacrificio de una vida atormentada, sino por la embriaguez del combate, las ideas, los sentimientos, la conciencia y la voluntad del bien que me han hecho siempre desgraciado.

En verdad, yo soy un ser excepcional entre mis hermanos los humanos, y sea esto obra de mis defectos o de los defectos de la gente, debo confesarme sinceramente que no haré nada bueno mientras tenga que persuadir a los otros del bien que persigo. Así, es preciso hacerse de la fuerza necesaria para imponer el bien. No puedo adquirirla en el combate de pasiones y de intereses que ni aun concibo y contra los cuales no tengo armas. La virtud no es un arma, y si es virtud la fuerza pasiva que he desarrollado contra los hombres y sus pasiones, contra los intereses de la vida social y de la vida individual, debo convencerme de que no llegaré a nada por la virtud reflexiva, sufrida, resignada.

Se trata de saber si esta virtud aplicada a la lucha sin trabas del campo de batalla puede llegar a darme el poder de imponer la verdad y la justicia, la moral y la libertad, el bien y el deber.

Hoy debo dar un paso en ese sentido. Se trata de ponerme en condiciones de hacer un viaje a los Estados Unidos para enrollarme en una de las expediciones que se dicen están preparadas para llevar recursos a los revolucionarios de Cuba.

ÚLTIMAS PÁGINAS DEL DIARIO ÍNTIMO.

Estancia, miércoles, 5 de agosto de 1903.

A dos pasos de aquí, en una de las casitas que llamamos del camino, murió anoche una pobre tísica a quien hemos visto ir muriéndose día tras día desde setiembre de 1902 en que llegamos a esta casa. Madre de dos chiquitines singularmente simpáticos y acompañada de una abnegada no sé si madre o hermana, ha llorado las soledades y las atrocidades de un amor mal pagado. Dícele el de mis hijitos que desde pequeñuelo se sombra más de mi piedad para con todos, que el pernicioso autor de la desgracia que terminó anoche, esposo y padre y responsable de otra familia, formó ésta a despecho de consideraciones y deberes, para abandonarla del modo más vituperable y con la mayor inconsciencia de los daños físicos y morales que causaba a la infortunada víctima de su insensibilidad.

Todo esto, que hacía más obligatoria la caridad de los vecinos, parece que no los ha movido mucho. El horror al contagio y la falta de relaciones personales de amistad, han hecho el papel de testigos impasibles. Yo no lo he sido, pero no he podido más que manifestar una simpatía muy viva con unos medios muy escasos.

Estancia, jueves, 6 de agosto de 1903.

Volví a hallar al pobre Sócrates. Ya está muy abatido. Al “¿Cómo va, señor?”, me contestó: “Arrastrándome”. Y efectivamente arrastraba un tanto las piernas. Y comentó al arrastrarse: “Hace días siento calambres que a veces son fuertísimos al despertarme y que después se convierten en un cansancio de piernas doloridas. Aun más fastidioso que ese achaque de casa vieja, es la cantidad de sedimento de estómago que se me ha depositado en la lengua, y que ya parece que no cede a los purgantes. Mientras tanto, trabajando, a pesar de que me prescriben el descanso completo. Pero el trabajo es hasta un entretenimiento indispensable en mi mal”. “Pero, en suma — le pregunté con interés afectuoso — ¿qué mal es?” “¿Mi verdadero mal? ¿El verdadero?” “Ése”. “Mil mal verdadero...”

No había en su voz ninguna amenaza de suicidio; pero sí una tan intensa expresión de fastidio de la vida, que repercutió hondamente en mi cerebro, tan poseído ya también del fastidio de la vida.

* * *

De *Páginas Escogidas*, Eugenio María de Hostos, Edit. Ángel Estrada,
Buenos Aires, 1952.

JOSE' MARTÍ

M A R T Í

EL APÓSTOL DE CUBA

Es curioso comprobar cómo dos hombres nacidos en las Antillas, arrullados por las ondas del Caribe, recibieron simultáneamente, con quince años de diferencia en la edad, el místico impulso de lucha por independencia de sus países, sobresaliendo como dos hermanos gemelos, por sus cualidades intelectuales: Eugenio María de Hostos, en Puerto Rico y José Martí, en Cuba. El paralelismo de sus vidas inquietas, de sus actividades como periodistas, escritores, educadores y conspiradores en sus exilios voluntarios, es evidente. Se distinguieron por el grado de arrebató de sus temperamentos — más fogoso, Martí, más disciplinado, Hostos. Se consumieron en la misma fiebre.

No he podido registrar, sin embargo, en sus andanzas viajeras, un contacto personal entre esos dos singulares mentores de una cultura y, al propio tiempo, paladines de un solo ideal de independencia y democracia.

Ambos estudiaron en España. Ambos recorrieron el ámbito continental americano. Los dos atravesaron parecidas crisis en su errática existencia. Los dos buscaron y encontraron la sede de sus propagandas sobre todo en Nueva York. Los dos tuvieron el crepúsculo de sus vidas en la isla de Santo Domingo, que desde 1844 ya era independiente, la isla estratégica que los aproximaba de sus patrias. Hostos, murió allí, sin poder ver la aurora de la libertad en Puerto Rico. Martí, más joven, más vehemente, acepta la campaña militar y desde Montecristi, en Santo Domingo, avanza hacia Cuba, desembarca en su costa, se interna por el sur de la isla con su gente, y muere, en una escaramuza con el adversario, tres meses apenas de haber dejado Santo Domingo.

Ninguno de los dos consiguió realizar su sueño. El destino, sobre ser indescifrable, es inagotable en sorpresas.

*

* *

Son cien años que transcurren ahora, desde que José Martí nació, en La Habana, el 28 de enero de 1853. Como Hostos, era hijo de padres españoles, pero si éste salió para España, con trece años, para continuar sus estudios en la metrópoli, estimulado por su progenitor, que gozaba de recursos, Martí salió de Cuba con diecisiete años, en cumplimiento de una pena de deportación, después de haber estado encarcelado, por rebeldía contra el régimen colonial, condenado a trabajar en unas canteras de su tierra.

Esta dura y precoz experiencia de condenado, la expresó en un folleto que publicó como desterrado en España, intitulado *El presidio político en Cuba*.

Había desembarcado en Cádiz por el mes de febrero de 1871. Mal podían adivinar las autoridades españolas que aquel pasajero, con su turbio antecedente político, todavía adolescente, flaco, alto, descolorido, escondía en su mirada aguda una energía moral y física, que le habría de elevar como una de las figuras más notables de su siglo, y cuyo nombre habría de ser una dignidad venerada por la posteridad de Hispanoamérica.

Su infancia no había sido la de un niño. Los padres, modestos; un sargento del ejército español, Mariano Martí, valenciano, casado con una española de Santa Cruz de Tenerife. La madre, viuda en 1887, aun llegó a morir en La Habana en 1907, sobreviviendo a su propio hijo doce años, contemplando la independencia de la patria, tutelada por Norteamérica, que tampoco era lo que hubiese completado el anhelo de Martí. Con cuatro años, acompañó a sus padres en un viaje a España, regresando la familia cuando cumplía Martí los seis.

Cuba ya poseía una página heroica de combatientes patriotas, que no se resignaban a ser uno de los últimos dominios coloniales de la península, y el niño Martí prefería, a los cuentos infantiles, los relatos de las gestas orgullosas e infelices de sus compatriotas.

Tuvo como primer maestro al lírico inolvidable, María de Mendive, el más puro romántico de Cuba, que mereció los elogios

de Longfellow y que, como su discípulo después, dedicó su existencia al amor de la libertad.

Con catorce años comenzó a escribir artículos políticos, el joven Martí, en la prensa cubana; y hasta un drama — *Abdala* —, cuyo protagonista representaba el valor sacrificado por la patria.

Una carta que se descubrió, escrita por él, y que le acusaba de deslealtad al régimen — Martí confirmó ser suya — le llevó ante un tribunal militar, que le condenó a seis años de trabajos forzados en las canteras de San Lázaro. Tenía diecisiete años. Estas penas se acostumbraban a aliviarse con la deportación a España; y así llegó a Cádiz.

Hacia unos días que también había entrado en España, Amadeo de Saboya, hijo del rey de Italia, para ceñir la corona, después de la revolución que destronó a Isabel II. Eran días turbulentos.

Martí fué a Madrid donde se matriculó en la Universidad, y donde se graduó en Derecho y en Filosofía y Letras. La pobreza le acompañaba.

En este tiempo vió la caída del rey Amadeo, la proclamación de la República y la restauración de los Borbones en España.

Las esperanzas de la independencia cubana se presentaban remotas, y pasó a Francia rumbo a México, desembarcando en Veracruz en febrero de 1875.

En Francia conoció a Victor Hugo. Tenía veintidós años y su fama se iba extendiendo. Su vida se resumía en pasión, pasión de poeta y de escritor, pasión por la mujer y, sobre todas esas cosas, pasión por su ideal patriótico: su grande y avasalladora enamorada era Cuba.

Orador deslumbrante, en México todo le era hospitalario, la prensa, las instituciones, las tertulias literarias, e irradiaba su pasmosa personalidad por América española. Dramaturgo, estrena en México su drama moralista *Amor con amor se paga*. La simpatía le rodeaba por todas partes.

Hace un viaje a La Habana en 1877, regresa a México y se ve obligado a retirarse a Guatemala en la confusión política. Aquí enseña en la Escuela Normal, y encuentra el trágico idilio con la

suave y melancólica María Granados, hecha ya célebre en la vida de Martí, como “la niña de Guatemala”, que murió de amor al saber su unión en México con Carmen Zayas, con la que contrajo matrimonio. A la “niña de Gutemala” la cantó en sus versos. Sopló siempre un aire dramático en torno de José Martí.

Vuelto a México, maestro, periodista, poeta y arrebatador conferenciante, se reintegró a Cuba, donde, por el pacto de Zanjón, se concedía al país la paz, tras una guerra cruel contra los insurgentes, y una racionada autonomía política.

Al reanudar Martí sus actividades y conspiraciones, vuelve a ser deportado a España. Visitó otra vez París, recibiendo homenajes de Víctor Hugo y de Sarah Bernhardt, aureolado por su rebeldía y, poco después, en 1880, se instalaba en Nueva York, integrándose en el Comité Revolucionario Cubano de aquella ciudad, en contacto con militares que sostenían el fuego revolucionario en la isla de Cuba.

Cumple veintisiete años, y una etapa más intensa de su vida se inicia hasta el final.

Como Hostos, tuvo que socorrerse de traducciones para la firma Appleton, y abundar en sus colaboraciones periodísticas. Desde Buenos Aires, Bartolomé Mitre le invitó a escribir para *La Nación*, comenzando sus inmejorables *Cartas de los Estados Unidos*. Cultivaba el género epistolar con gran maestría y es, quizá, lo más admirable de su pluma. Le había nacido en La Habana su hijo José, en 1878. Ni con él ni con la esposa fué feliz, ésta completamente ajena a las profundas inquietudes de su esposo. Publica poesía, *Ismaelillo* — libro dedicado a su hijo — y *Versos sencillos*.

Conspira con Máximo Gómez y Antonio Maceo; el primero, dominicano al servicio de la insurrección cubana y el segundo, de la emigración de Cuba, acechando la oportunidad de luchar por la independencia.

La fortaleza física de Martí había sufrido serios embates, en sus incansables viajes y privaciones. En Nueva York, pudo sosegar algo.

Su espíritu humanitario de educador, y su sentido paternal se revelaron elocuentemente cuando publica su revista dedicada a los niños, en 1889, con el título de *La Edad de Oro*.

Soñaba, escribía, pronunciaba magníficos discursos como el que aún se recuerda, dedicado a la memoria de Bolívar. Su palabra suspendía los auditorios, fascinaba a los públicos, las gentes le escuchaban embriagadas con la magia de sus oraciones. Pronunciaba conferencias para negros y blancos, execrando la esclavitud e imprecando contra la diferencia de razas.

Argentina, Uruguay y Paraguay le nombraron cónsul en Nueva York. Su nombre figuraba en los congresos internacionales.

Tuvo que atravesar todavía largo calvario espiritual, al menos para ver, de cerca, la marcha de la rebelión que prepararía el camino definitivo de la emancipación de los cubanos, que no habría de llegar a su meta con la derrota de España, en 1898, por las fuerzas superiores de los Estados Unidos. Diez años después, en 1908, nacería la república de Cuba.

El último itinerario de Martí, en viaje de propaganda, fué un circuito por el norte y centro de América. Había que madurar además el levantamiento en la propia Cuba. Y fué así como en 1895 se precipitó el último acto de la vida de aquel hombre extraordinario. Sale de Nueva York para Santo Domingo y, de acuerdo con sus partidarios — dentro y fuera de Cuba — en abril de 1895, a bordo del *Nordstrand*, se dirige a las costas meridionales de la isla cubana, para desembarcar en una noche tormentosa en los alrededores de Maisí en una playa de piedras. Ascendiendo por el río Cauto, auxiliado por los nativos, con fuerzas que se iban aglomerando, recibido por Maceo, aclamado General Martí, se dió el encuentro del río Contramaestre. Desoyendo los consejos de los jefes militares, se compromete en un tiroteo con el enemigo y cae acerbillado de balas.

La última anotación del Dario que Martí escribió en esta postrera jornada, termina en el día 17 de mayo de 1895, dos días antes de morir. Ese diario tiene la belleza, la reciedumbre y el realismo de lo que escribió el brasileño Euclides da Cunha, en sus anotaciones de campaña.

Murió José Martí, en su amada tierra, bañándola con su sangre que ha fecundado a Cuba. Con el rostro besando el suelo de su patria, en una forzada despedida del destino. Por todo ello,

hoy se la nombra el Apóstol de Cuba. Pero es más, aún, apóstol de la libertad y del derecho, vivo todavía por su ejemplo y la obra sin terminar, a lo largo y a lo ancho de este mundo.

*

EL PENSAMIENTO VIVO DE MARTÍ

Como José Martí vivió apenas cuarenta y dos años, con una actividad aceleradísima y como un nómada incansable, su producción literaria se diseminó, por ambas circunstancias. Se repartió, se esparció. La propia índole de su temperamento febril acentuó, aún más, la dispersión de su tarea intelectual. El artículo, el ensayo, la tribuna del conferenciante, la correspondencia particular y la periodística, las páginas del Diario, son manifestaciones que se unen a las del poeta, del novelista, del dramaturgo y, en fin, a las del político. Las ideas, las reflexiones, los comentarios y hasta el estilo de Martí, tienen esa cualidad de sembradura lanzada a los cuatro vientos continentales, americanos.

Hay, pues, que apretarle el pensamiento, como en un haz, recogiendo en la anchura de su fertilidad, lo más granado, lo más florido, o lo más íntimo.

Martí se sirvió de la pluma y de la palabra, fué magnífico orador, en un continuo fluir de su inspiración literaria y política.

El político concentró la energía en un punto céntrico, la soberanía de Cuba y, de allí, irradió su inquietud en destellos que hacían vibrar el ambiente, atrayendo la atención, cuando no la simpatía, a su proselitismo patriótico.

En España no se supo aquilatar la potencia latente de su lucha, que parecía exclusivamente romántica, porque la convulsión interna de la península dificultaba entrever lo que, al otro lado del Atlántico, podía ocurrir al margen del escenario geográfico de la revolución cubana. Ese margen lo llenaba Martí, lo ocupaba su propaganda decidida y vigorosa, que era el cerco estratégico y psicológico de la causa que defendía.

A veces, ni los propios compatriotas valorizaron su actitud de revolucionario-viajero. Querían al soldado, no al poeta, y al fin,

tuvo que realizar también esa función de guerrillero, sacrificando su vida, con una muerte que no fué la que le colmó de gloria.

El patriota tenía ganada ya su jornada, en otras luchas y combates, en otros campos, en otros afanes, que habrían de converger, predestinadamente, en la acción libertadora. El camino lo había preparado y allanado el hombre de acción y el hombre de letras.

Aquí vendría a cuento el discurso de las armas y las letras de don Quijote, sin saber a ciencia cierta lo que unas y otras debieron a Martí, cuáles más y cuáles menos, en la futura independencia cubana.

*
* *
*

La obra de Martí, es fácil catalogarla en un cuadro bibliográfico, hasta cierto límite. Dos dramas: *Abdala* (1869) y *Amor con amor se paga* (1875); dos novelas: *Amistad funesta* y *Ramona*, publicadas póstumamente; el poema *Ismaelillo* (1882); colecciones rimadas: *Versos sencillos* (1891) y *Versos libres* y, después, colectáneas en prosa: *Cuba*, *En los Estados Unidos*, *Conferencias*, *Hombres*, *Nuestra América*, *Crítica*... Publicaciones éstas aparecidas unas en vida y otras después de su muerte. Pero no es todo; faltan sus *Cartas* y más artículos, y más ensayos y la revista infantil creada por él... Una editora cubana había ya, en 1941, publicado treinta y tres volúmenes, como *Obras completas* de Martí. Hoy, el acervo sigue enriqueciéndose, con nueva correspondencia y con nuevos hallazgos, como el de un poema inédito que ha sido encontrado entre sus papeles y del que ha dado cabal noticia, en 1951, Germán Delfín Avila.

Se ha publicado también el último *Diario de Martí*, del año de su muerte, de abril a mayo de 1895, su diario de campaña, su postrer escrito.

¿Y de sus conferencias y discursos? Ojalá pudiéramos contar con esos textos completos, imposibles, porque Martí era un portentoso improvisador. Nada digamos de lo que ya se ha escrito sobre Martí, con referencias directas de sus contemporáneos, que escaparon a la publicación.

El Ministerio de Educación de La Habana, bajo el membrete de *Archivo José Martí*, ha editado, que yo sepa, hasta dieciocho números de copioso contenido, con estudios, notas biográficas y bibliográficas y crítica.

Sin olvidar lo que se realiza en la Cátedra de Martí, fundada hace cuatro años en la Universidad de La Habana. Sin mencionar todo lo que aparece en las revistas universitarias de América hispana, sobre el genial cubano.

Periodista fecundo, la compilación de sus crónicas obliga a una cosecha por las varias publicaciones americanas, especialmente en México, Argentina, Venezuela, Guatemala, Estados Unidos. Traductor. Profesor. Polemista. Fué un río abundante que serpenteó por los medios intelectuales del continente.

Ese derrame de su talento será posiblemente encauzado en una labor bibliográfica, pero siempre quedará algo por completar. No obstante, si con esto padece la sistematización y ordenación de lo que escribió y de lo que habló Martí, queda, incuestionablemente, la vigencia de la curiosidad, el deseo de descubrir más y más del paso de Martí por esta tierra, que fué para él tierra de dolor y de amor. Amor y dolor, confundidos en una santa armonía.

Martí tuvo mucho de místico, dentro de su laicismo. Se recordaba ahora, por la revista universitaria de La Habana, períodos de la conferencia que Fernando de los Ríos, el insigne español muerto en el destierro, pronunció en aquella ciudad en 1928. "Hay unas palabras dolientes y profundas en que Martí parece ser hijo de Asís, que oprime amorosamente contra su pecho, el dolor". Y, sobre todo, aquel modo en que forzosamente se vió, de sentir poesía y prosa al ritmo de su existencia errante, requerido del norte o del sur, enviando artículos de Nueva York a Buenos Aires, trabajando en cada lugar de esta América al que le llevaba el destino.

Por esto también, quizá, cuando se espiga, se selecciona o se recupera parte de su labor, en cada sitio diferente, a través de por lo menos veinte y siete años de trabajo intelectual, se experimenta, como en ningún otro, la sensación de recoger el pensamiento vivo, vivo todavía, de este hombre singular, que pronosticó que su

vida no habría de ser larga. Por ello, se lanzó a ella con todas sus ansias frenéticas.

En la actualidad, con los pensamientos y reflexiones dejados por Martí en las mallas de su prosa ejemplar, modelo de escritores castellanos, o en sus versos, que siguen mereciendo su puesto de honra en las Antologías, se puede construir un tratado de moral social, de ética, de humanidad.

No será difícil, tampoco, encontrar cierta confusión en la precipitada estructura de todo ese ideario disperso, pero esa confusión es otro de sus elementos vitales, en la que participa además, no la vacilación de la propia idea, sino la íntima naturaleza poética de una personalidad, que fué revolucionaria dinámica y ,al propio tiempo, un soñador.

*

* *

“Todas las grandes ideas, dijo en cierta ocasión, tienen su *Nazareno*”. El Nazareno de las ideas de Martí, fué Apolo. El pensamiento vivo de Martí, en su amor desesperado por la Libertad y la Justicia, en el torrente de su humanitarismo, en la generosidad que se desprende de su obra, en la corriente de poesía que trasciende de sus versos para inundar toda su acción. Precursor de esta tortura que nos flagela actualmente. Porque lo que él buscaba y amaba, como cúspide en la independencia de Cuba, era la independencia del hombre de todas las tiranías, no importa la máscara bajo la que éstas se disfracen. Idealista, inclinado sobre la vida, con una serenidad de estoico cordobés, a lo Séneca. No se divorció un solo instante de la Diosa razonable...

Todo es hermoso y constante
todo es música y razón
y todo como el diamante
antes que luz es carbón...

Son versos suyos. El pensamiento de Martí es ya brillante de reflejos, imperecederos, cada vez más pulido por el tiempo y, por lo tanto, cada vez con mayor esplendor.

*

EUCLIDES DA CUNHA Y JOSE' MARTÍ

José Martí, héroe espiritual de la independencia de Cuba — espiritual porque fué su espíritu batallador y constante el que realizó la emancipación política de su patria — que no habría de ver cumplida, por su muerte prematura, ha sido objeto, en 1953, de una conmemoración hispanoamericana en homenaje a su memoria, en el centenario de su nacimiento.

En 1952 — y aún el pasado año — celebraba el medio intelectual brasileño los cincuenta años de la aparición de *Os Sertões*, libro revelador de la gran personalidad de Euclides da Cunha en las letras del Brasil.

Esta cronología del nacimiento de un escritor y de la obra de otro en el ámbito latinoamericano, con una coincidencia aproximada, no inspiran estas líneas en su intención comparativa. Sería forzar estérilmente un tema, sobre la simplicidad de unos datos. Hay otros aspectos más sugestivos, aunque adolezcan de substantividad los que me han llevado a recordar a Euclides, en ocasión del centenario de Martí.

Por lo pronto, cabría registrar la casualidad de haber vivido ambos un período casi igual de tiempo — cuarenta y uno Euclides y cuarenta y dos Martí — y los dos, truncada la existencia por accidentes imprevistos. Contemporáneos, también, con la diferencia de quince años más joven Euclides. Pertenecieron, después de todo, a una misma época, a la segunda mitad del siglo XIX, que el brasileño prolongó unos años más, por la actual centuria. El ambiente político y social se identificó para los dos, aunque, naturalmente, el problema de Martí — la liberación de Cuba — uno de los restos del dominio español en América, no entraba para nada en las preocupaciones del brasileño, que había conocido a su país independiente y, a los veintiún años, asistía a la proclamación de la República.

No obstante, fué esa proclamación la que preparó el sangriento episodio de Canudos, con la extraña rebeldía de Antonio Conselheiro, provocando una especie de pequeña guerra civil — por su localización — pero cruenta, costosa para la República, y con un marcado perfil social: la vida precaria y triste de los *jagunços*.

Esa campaña fué la que retrató Euclides en su magnífica obra; y aquel escenario del sertón, con la hondura de su panorama geográfico y humano, el que hizo vibrar su pluma, como agudo observador de algo más que el hecho de la rebelión.

En el subsuelo del panorama político y social de toda América, andaban corrientes, que las producían similares fuentes naturales. Los nuevos gobiernos republicanos se encontraban con esos fenómenos.

En el sertón brasileño del norte, la existencia del hombre se realizaba al margen de las atenciones civilizadoras. La cultura era tan primitiva y ruda como las matas adustas que cubrían el suelo. Y este suelo recibía, propicio, con ese solo abono, la simiente de cualquier traslocado, pero que tuviese el intinto del proselitismo, con la autoridad que recibía por el simple hecho de asomarse, compasivo, hacia la miseria y la ignorancia. Es lo que hizo Antonio Conselheiro.

Este problema de la tierra abandonada y del hombre más abandonado todavía, que habría de tener en cuenta el gobierno de las jóvenes nacionalidades, estaba en la esencia del programa de Martí. En *Nuestra América*, conjunto de serias consideraciones, que se publicó sistematizado después de la muerte de Martí, en La Habana, hay observaciones como ésta: “En los pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprenden el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las Universidades los gobernantes, si no hay Universidad, en América, donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? . . . Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra de acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, gobernarlo conforme al co-

nocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. . . La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas. . .”.

Claro es, que Martí hablaba de esa forma, desde su ángulo, como patriota cubano frente al dominio extranjero en su tierra; mas, haciéndose todas las reservas que se quieran, y señalando hasta todas las diferencias auténticas que se notan entre lo que significaba la rebelión de Canudos, en el Brasil, y el estado de cosas en Cuba, donde se incubaba la revolución libertadora, hay un fondo que se puede también descubrir, constante en toda América y que, en la cita del texto referido de Martí, sirve para aquel problema que se presentó al gobierno de la República brasileña.

El sentido humanitario, que fué un sentido anchamento desarrollado en Martí, como preocupación social, no sólo estaba latente en Euclides, si no que se manifestó, y hasta valientemente, en ciertas ocasiones.

Euclides y Martí eran de formación cultural distinta, pero cultos e inteligentes los dos; cada uno en su puesto y con su temperamento, estaban de atenta sensibilidad a los fenómenos humanos. Encaminado por la ciencia, la matemática y la física, militar de profesión, habiendo estudiado derecho y filosofía, escritor y hasta pedagogo de profesión, Euclides da Cunha. Martí, que no era desafecto a la ciencia militar, como político con un programa de liberación por las armas.

Científico uno, poeta otro; pero en el brasileño latía una vocación para las letras, como la reveló espléndidamente, como en el soñador español de América ardía el batallador, el combatiente, que era la presencia del hombre en la prensa, en la tribuna y, cuando fué necesario, en el propio campo de lucha — donde perdió la vida.

Periodista, de la mejor estirpe — Martí —, solicitado por los mejores diarios de América hispana, lo era también, y eminente, Euclides.

Lo científico de Martí estuvo en su culto a la Razón, como lo poético en Euclides estudio en su arte consciente, de orfebre de la prosa, que él trabajo, modeló, *imaginó*, transformando la materia tosca del paisaje agrio en verdadera poesía.

Brillo y color nunca estuvieron ausentes en la pluma de Euclides. La dura realidad de las cosas nunca fué desestimada por Martí, muy por el contrario. De su poesía lírica, dijo que eran “versos de cabeza hecha a dormir en almohada de piedra”.

El cuidado que Martí tuvo por la expresión exacta, por el adjetivo adecuado, por no caer en la redundancia y en la palabrería ornamental inútil, lo tuvo también Euclides, lo que ha llevado a sus comentadores a decidirse por ese su espíritu *geométrico*, como prosista, por ese su estilo que, cuando se le quiere adherir al panorama que describió, se le quiere presentar como seco, injertado de tecnicismos, poco menos que incomprendible, cuando objetivamente estudiado, se presenta con la propia claridad que debe alumbrar el sertón en los amaneceres límpidos.

He tenido la curiosidad de hacer comparaciones estilísticas entre José Martí y Euclides da Cunha. De esa experiencia, es que ha salido el estímulo para esta confrontación. Y la he buscado en aquello que hablaban ambos de la tierra, y del ambiente cargado por una campaña militar.

Me he entretenido en cotejar, en compulsar, la fuerza del estilo de pasajes de la expedición de Canudos, cuyo relato fué enviado a la prensa, con el Diario de Martí, el que escribió en pequeñas cuartillas, desde el 9 de abril al 17 de mayo de 1895, cuando salió de Santo Domingo, embarcado, para arribar a las costas cubanas e internarse por el sur de la isla, en su campaña guerrillera.

Similitud de percepción, de tono dramático, de visión paisajista, de recia y acertada pincelada. Va un pequeño ejemplo, entre los varios que podríamos exponer. Dice Martí en una de sus jornadas: “A monte puro vamos acercándonos, ya en las garras de Guantánamo, hostil en la primera guerra. . . Perdíamos el rumbo. Las espinas nos tajaban. Los bejucos nos ahorcaban y azotaban. Pasamos un bosque de higueras, verdes...”. Y dice Euclides en

su diario de Canudos: “Certos lugares são realmente impenetráveis, as macambiras com a feição exata de ananases bravos, formam sebes compactas, intransponíveis, sobretudo quando nelas se enredam as fôlhas de estomas longas do cansancão urticante. .”. He escogido este pequeño trozo, expresivo, de dos paisajistas de tierra americana.

Cuanto más me he detenido en este tema, nuevas facetas se me han revelado. Dos hombres de América, de latitudes casi extremas, pero entre “zarzas tropicales” de una misma época, de opuesta educación, y con relaciones íntimas de sensibilidad. . Me ha sido agradable recordar a Martí, en esa coyuntura del centenario que celebraba toda América española, y repasar al propio tiempo las páginas de *Os Sertões*. . .

*

EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Entrar en el estudio, aunque sea breve y circunstancial, de José Martí, es siempre un grato menester. Y, en estos tiempos, el afecto intelectual se agita suavemente por la emoción. Porque se trata de recordar a una personalidad hispanoamericana cuya proyección se hizo y se hace continental y hasta universal, con su ejemplo, y, justamente, en nuestros días.

Cuba, su amada patria, ha llegado a esta efemérides palpitando de sentimiento. En 1950, en la Universidad de La Habana, se inauguró solemnemente la Cátedra Martiana, con un profesor que habrá de renovarse anualmente, para mantener en una perseverante actualidad el estudio y la interpretación rejuvenecida entre los universitarios de aquel país. Compatriotas suyos, de hoy, vienen dedicándole voluntariamente la flor de sus estudios y trabajos. Es el caso admirable del intelectual Félix Lizaso, iniciador y cuidadoso director del *Archivo José Martí*, en quien la dedicación al pensamiento de la inmarcesible figura data de veinte años, con una actividad especializada¹.

(1) — Félix Lizaso, además de tener a su cargo el *Archivo*, que suma ya una respetable colección de volúmenes, es autor de *Martí, místico del deber* (Edit. Losada, 1940); y de *Proyección humana de Martí*, que está próximo a publicarse por

Ya hemos dicho quién fué Martí.

Antes de nada, fué un patriota. Vivió y murió sobornado por una idea fija, la independencia de Cuba. Pero esto quizá no sería bastante para contemplarlo, ahora, en su magnitud americana. Patriotas ha habido muchos y los sigue habiendo. Patriotas de varias clases dentro de la gran especie. Martí perteneció a esa jerarquía que está reclamando la turbación del mundo presente, la que interpreta la Patria como sinónimo de Humanidad. La pequeña porción de humanidad de su tierra, como vinculada a todas las tierras con todos sus hombres². En fin, era un eterno enamorado de la Libertad y, para concentrar ese amor, que era ferviente deseo, soñaba con Cuba independiente.

Por eso pudo vivir desterrado de su patria, como vivió, paseando su sueño por Europa y por América, sobre todo, vigorizando su ideal con las brisas de afuera y transformándolo en un ideal común: naciones libres en un mundo libre.

La existencia de Martí fué la de un héroe romántico, porque la época lo era todavía y lo era él. Con diecisiete años sufría la severa pena de prisión, y a los dieciocho, la del exilio, lejos de su país y de América, deportado en España, cuando se hace estudiante universitario y se gradúa en Derecho y en Filosofía. Así va perfilándose el retrato de su temperamento y de su mentalidad. Desde este instante, hasta que muere, palpita una unidad en los trabajos de Martí: inquietud y agitación, dinamismo de abnegado conspirador, que produce simpatía y admiración por las nuevas Repúblicas hispanoamericanas, donde encuentra acogedora hospitalidad por el brillo de su talento y la nobleza de su causa.

Al establecer la sede de sus actividades revolucionarias en Nueva York, su propaganda, por todo el continente, es incansable en favor de la emancipación cubana. Mas, como dice un biógrafo suyo, Martí fué comprendiendo que no se trataba sólo de liberar a

la Editora Raigal. Félix Lizaso, que sigue con escrupulosa atención cuanto se realiza y se produce con motivo del Centenario de Martí, se ha interesado igualmente por lo que se haga en el Brasil, con tal motivo. Es él quien me ha hecho llegar el número de homenaje de su *Archivo*, y quien ha mantenido conmigo correspondencia a propósito de la fecha centenaria.

(2) — *Nostalgia y dolor de Martí*, artículo de Andrés Iduarte en *Nueva Democracia*, de Nueva York, Octubre de 1949.

Cuba, sino de liberarla en función de americanidad y universalidad democrática³. Esto es lo que eleva al revolucionario a la cumbre del apostolado y a su extraordinaria actualidad, después de un siglo de su nacimiento.

En cada parte física de esta América, Martí tuvo un centro de mayor permanencia en su desasosiego viajero.

En México, donde llegó a vivir dos años, se confirmó como periodista, intimó con los problemas genuinos de América continental, conoció de cerca las pasiones políticas y aprendió fecundas lecciones que le sirvieron después. En México, se encontró con una pléyade de escritores ilustres, participando con ellos en un trascendental movimiento literario que habría de marcar época en América hispana: el futuro modernismo. Y en fin, en México, que, según él, fué el pueblo que nunca quiso considerarlo como extranjero, que le rodeó de amigos y de afectos, encontró también la otra pasión, al margen de la política. El primer fuerte amor de su vida, que le llevó al matrimonio y a ser padre. Carmen Zaya era una cubana, refugiada con su progenitor en tierra mexicana, y que, como ya lo hemos comentado, no comprendió bien al esposo, o a quien el destino no la reconoció apta para ser la compañera de un hombre excepcional.

En América Central, que con las Antillas eran el eje diamantino de la actividad revolucionaria de Martí, ya que era la proximidad de Cuba, Guatemala fué otro de sus remansos en el flujo de su existencia infatigable. Remanso breve, como todos los suyos. Pero, en Martí, no se registra un solo hecho o acontecimiento vulgar. Como un predestinado al dramático romance, una de sus alumnas, aquélla cuyo nombre ha pasado a la historia de su vida envuelto en el doloroso y sugestivo episodio de “la niña de Guatemala”, se enamora de él. Le alza como un ídolo en su corazón juvenil y, viendo frustradas sus esperanzas, porque Martí está unido a su compromiso con la Carmen de México, María Granados enferma, y muere de amor.

(3) — Jorge Mañach, en *Perfil de Martí*. *Archivo José Martí*, N/3. La Habana, 1941

Guatemala y México ocuparon un puesto de honor en las luchas sentimentales de Martí, como en sus angustias y en las fugaces alegrías de exiliado político.

En su itinerario continental, también se demoró en América del Sur, en Venezuela. Ya estaba con su gloria de escritor, calentado al sol de muchas experiencias, reconocido como inspirado poeta y deslumbrando, singularmente, con su oratoria. En Venezuela recibió el pulso de la tierra que había sido la cuna de Bolívar, el Libertador, y el escenario donde se forjaron las grandes líneas de la estrategia de aquel general de la Independencia americana. Lograda la soberanía, Venezuela pasaba por las vicisitudes del caudillaje, un mal genérico en la América española, y que reforzaba el apostolado de Martí, su visión política y social del continente entero, lo que él entendía por justicia universal.

Martí tuvo el presentimiento de un porvenir, para América latina, con el camino erizado aún de vegetación espinosa. Problemas de independencia económica, discriminaciones raciales con las poblaciones de indios y negros, complicaciones de influencias capitalistas. Hombre perfectamente de América, de norte a sur. En Nueva York, en la prensa y en la tribuna, hablaba de los paisajes, de las cosas y de los hombres latinoamericanos y, en sus peregrinaciones por la América latina, hablaba de Norteamérica con la admiración a su gigantesco crecimiento y enseñando las claridades intelectuales de un Whitman o de un Emerson.

Murió joven, Martí. Pero tras una vida intensa, plena de sacrificios, de emociones, de trabajos, en una intermitencia de impulsos. Mas sin contradicciones. Desprendiéndose de propios egoísmos en un altruísmo sublime de amor y preocupación humanos, irradiando todo su ser con el resplandor inagotable de su espíritu. Regio espíritu que le inmortaliza. Revolucionario romántico que se hará escuchar en todos los tiempos. Y murió en un postrero intento de revolución libertadora de su patria. Cayó en su propia tierra de Cuba, al frente de una vanguardia de guerrilleros, en las vísperas de una independencia que él no habría de conocer.

*

* *

En esta ofrenda al primer centenario del nacimiento de José Martí y, desde esta tierra del Brasil, rindiendo este sencillo homenaje de recuerdo, teniendo a mi cargo la cátedra de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de São Paulo, mi propósito ha sido hablar del gran cubano como hombre de letras, naturalmente. Quizá me haya extendido demasiado en el anterior perfil biográfico de Martí, un poco a la luz de la historia americana de su tiempo. Perfil muy incompleto y bastante en la penumbra. Mas, no podía prescindir de esas líneas. Porque, en verdad, en el campo de las letras, no hay posibilidad de una crítica constructiva de José Martí, por muy ligera que ella sea, si entramos bruscamente en su obra, aislándola deliberadamente de su personalidad de hombre de acción. Están ambas personalidades confundidas: el letrado y el revolucionario, el idealista político y el literato. De una a otra ribera hay que extender un puente y contemplar, subido en él, cómo se desliza el cauce del pensamiento de Martí.

Si a los dieciséis años, como dije, se le condenaba como rebelde precoz contra las autoridades de la isla, no había cumplido los dieciséis, cuando ya escribía su poema dramático *Abdala*, donde el protagonista es un héroe por la patria. Antes de nada — también afirmé — fué un patriota; debía haber añadido: y un poeta. Pero poeta en la más vasta y justa expresión de ese concepto.

En principio, su inspiración se nutrió, singularmente, del sentimiento que él puso en todos sus actos y en todas sus actividades. Era un nostálgico de su tierra. Esta posición afectiva, viviendo en el destierro, era el pan de su temperamento poético y creador. Cantó la libertad, la mujer, la flor, la amistad, el dolor — como en su canto por la muerte de la niña de Guatemala — y cantó a Cuba.

Mas, hace falta saber — o demostrar — si Martí, que fué un patriota ejemplar, un eximio orador, un periodista excelente, un batallador en la lid política de su tiempo y hasta un filósofo, era, en efecto, simplemente un poeta.

En la vida, se puede hacer poesía, sin escribir versos. Podríamos interpretar la generosidad, el idealismo, el humanitarismo, la

abnegación de Martí, como siendo ésa su poesía, siendo ése el poeta. La confusión no ha faltado. Se le ha negado su condición de poeta, en nombre de su categoría de orador y de escritor, en prosa, ágil y vital.

El título que dió a una de sus producciones rimadas fué el de *Versos sencillos*. Los juzgó cosa sin trascendencia, como aquellas florecillas, que siglos antes se le escapaban de las manos a Fray Luis de León, según el místico catalogaba sus bellos poemas. Lejos está Martí, claro es, del poeta castellano; pero vale la comparación, en el sentido de que, a veces, no es el poeta el llamado a juzgar sobre su obra.

Versos sencillos — como otros *Versos libres* — los de Martí, que le colocan entre los precursores del Modernismo hispanoamericano, que habría de expandirse triunfalmente con Rubén Darío. Versos sencillos, porque brotaron con la espontaneidad de las flores silvestres, o porque nacieron, algunos de ellos, al margen de la tempestad que azotó los deseos de Martí, en momentos de calma y placidez, de consuelo al dolor. Quizá por eso.

Por lo demás, el vate Martí conoce la modulación, logra el hallazgo de la imagen feliz, sabe realizar poemas descriptivos, de belleza suave, o de tono sinfónico.

Sabía hacer versos, hasta cuando señalaba al tirano; como estos: — “Del tirano? — Del tirano — di todo, di más, y clava — con furia de mano esclava — sobre su oprobio al tirano. — Del error? Pues del error — di los antros, las veredas — oscuras, di cuanto puedas — del tirano y del error. — De mujer? Bien puede ser — que mueras de su mordida, — pero no manches tu vida — diciendo mal de mujer”.

El estro tiene otras entonaciones...

Sueño con claustros de mármol
donde en silencio divino,
los héroes de pie reposan.
De noche a la luz del alma
hablo con ellos; de noche.
Están en fila: paseo
entre las filas: las manos
de piedra, les beso: abren

los ojos de piedra; mueven
los labios de piedra; empuñan
la espada de piedra; lloran...

Martí era naturalmente poeta. Y, posiblemente, porque lo era notable y naturalmente, es que se explica la trayectoria de su acción inquieta, vehemente, desprendida y caballeresca. Muriendo de amores por su tierra cubana.

Mañach, a quien ya he anotado entre sus comentaristas, explica, en una de sus exégesis, como el lírico se encuentra, a cada paso, en el transcurrir de su actividad mental. No considerándole propiamente como un pensador y menos como un filósofo, acompaña el criterio de Miguel de Unamuno, admirador de Martí, aceptando que la organización mental y espiritual de éste era esencialmente poética⁴.

A tal propósito, no concuerdo con el tema presentado por Díaz-Plaja, de la afinidad de *Versos libres*, de Martí, con el poema de Unamuno *El Cristo de Velázquez*, como entrañando algo más que eso, un recuerdo del modelo de la versificación martiana para la estructuración del verso unamuniano. Ni siquiera las estrofas comparativas, que cita de los dos poetas, abonan el argumento presentado⁵. En cuanto al aspecto conceptual de la poesía, que Díaz-Plaja anota también, en esa ocasión, en coincidencia Martí y Unamuno, lo encuentro asimismo demasiado elástico. Igualmente podría presentarse con referencia a otros casos. Se resumiría el problema en estas dos vertientes de la poética, la espontánea y la elaborada, que ya sentía Bécquer.

La sinceridad y la libertad, en poesía, son anhelos normales o, por lo menos, latentes. Las reacciones estéticas que han producido esa escala de valores a partir de la mitad del siglo pasado, y que continúa en nuestros días, no afectan para nada a los íntimos reflujos de los verdaderos poetas, que lo que más desean es encarnar su ser en el verso. Tanto el endecasílabo libre de Martí, en *Flores del destierro*, como el endecasílabo en *El Cristo* de Unamuno, son la auténtica expresión del tema narrativo, con hondu-

(4) — Art. cit. de Jorge Mañach en *Archivo*, también cit., pág. 27.

(5) — Revista *Insula* de Madrid, N. 89 de 1953.

ras meditativas y que, en Unamuno, se diferencia sobre todo por la exégesis bíblica que hace en su poema, en explicaciones de los versículos, como lo hubiese podido hacer un San Juan de la Cruz.

Sin duda, el tema de la similitud poética entre esos dos potentes cerebros no deja de tener interés, pero sigo creyendo que la admiración del autor del *Sentimiento trágico de la vida* y de *Rosario de sonetos líricos*, por el Apóstol de Cuba, era la simpatía total por la total personalidad de un hombre representativo de un carácter, que era el espejo donde quería Unamuno que los hombres se mirasen. El catedrático español de Salamanca, tanto enaltecía el lirismo poético de Martí, como la prosa de sus *Cartas*, modelo de estética literaria personal. Descubría Unamuno, en Martí, el escritor ubérrimo de ideas, las que le llamaron la atención, expuestas con afabilidad y hasta con ternura, concretas frecuentemente en la frase precipitada, sucintas en la persuasión; originalidad creadora.

Martí, conocedor profundo del idioma, con intuición estilística, dominaba igualmente el léxico hispanoamericano, regional. Por eso es un deleite leerle los artículos, que también en forma epistolar envió a *La Nación* de Buenos Aires. Ha sido una sorpresa para mí ese Diario que escribió de su puño y letra, relatando su última aventura, en los meses de abril y mayo de 1895, cuando desembarcó en Cuba, con la revolución en marcha — epílogo de su vida ⁶. Félix Lizaso ha publicado una gran parte del Epistolario de Martí. Es muy interesante el discurso de Manuel L. Mesa Rodríguez, que integra la obra citada de homenaje a Martí ⁷.

También en cuanto a la virtud poética que ofrecen los versos de Martí, discrepo de Díaz-Plaja, al calificar superiores los *Versos libres* a los *Versos sencillos*. Precisamente cuando el crítico español encarece la fuente de sinceridad del lirismo martiano. En esas *obrecillas* (no sé por qué me obsesiona Fray Luis, el otro catedrático de Salamanca, cuando evoco la poesía sencilla de Martí) del lírico cubano, que él llamó *flores silvestres*, encuentro la

(6) — *Diario de Martí. De cabo Haitiano a Dos Ríos*. Ceiba del Águila. 1941.

(7) — Manuel I. Mesa Rodríguez. *Letra y espíritu de Martí a través de su epistolario*. Archivo José Martí. Número homenaje. La Habana. 1953. Págs. 315 y s. s.

más deslumbrante razón para afirmar que era naturalmente poeta. Canta él íntimamente:

Yo te quiero, verso amigo,
porque cuando siento el pecho
ya muy cargado y deshecho,
parto la carga contigo.

A propósito, he aquí como termina el místico del siglo XVI, aludido, una Oda imitando al Petrarca:

Canción, estas visiones
causan en mí encendida
ansia de fenecer tan triste vida.

Otro ilustre comentarista de Martí me brinda esta sugestión, tan de acuerdo con mi sentir: "... Bécquer, Rosalía de Castro y José Martí, encierran lo mejor de la lírica castellana del siglo XIX. Las *Rimas*, las *Folhas novas* y los *Versos sencillos* son, a nuestro juicio, tres libros inseparables"⁸.

*

* *

Lo trascendental, a mi juicio, en el poeta José Martí, es recoger el fruto histórico esparcido en su obra. Para eso es preciso, antes de seguir adelante, completar, aunque sea en pocas líneas, el poliformismo de su actividad mental.

El genio poético está presente en el escritor. Lo está en el orador. Uno de los testimonios más unánimes que hasta nosotros ha llegado, sobre la personalidad de Martí, era su portentosa cualidad de elocuencia. Cierta contemporáneo suyo nos ha informado, que oyendo a Martí, cautivado por la melodía, se escapaba a su atención la trama de las ideas. El anuncio de la palabra de Martí congregaba los públicos, ansiosos por escucharle.

El color de la frase, cual una acuarela viva y compleja del paisaje antillano, mecido por el aire del Caribe, la retórica, siguiendo el fuego de su imaginación, deslumbraba a los auditorios y la

(8) — Angel Lázaro. *Los versos sencillos de José Martí*. En *Archivo José Martí*. Vol. 3. La Habana. 1941. Págs. 68 y s. s.

exuberancia del verbo tropical no dejaba entender los conceptos. El articulista tenía que aclarar después la glosa del conferenciante. Martí, estupendamente latino y americano, en este sentido volvía a revelarse como el poeta.

Sí; Martí era un lírico con toda su prestancia de revolucionario. Tiene por esto un puesto destacado en las letras castellanas, como prosista y como poeta. Por eso, hizo de su patriotismo cubano una filosofía universal, en cada metáfora suya se esconde la aguda observación del momento histórico, y con la conciencia del poeta que es el hombre que está cierto de poseer la verdad.

Y fué su natural amoroso lo que le impulsó hasta el cultivo de la literatura infantil, fundando la revista para niños, que tuvo que interrumpir a causa de un laicismo no compatible con el criterio de la censura ortodoxa católica.

Cultivó además la novela, el drama, la crítica de arte, las varias facetas de fecundo articulista.

*

* *

Abordemos su función histórica. Es evidente, y a ella nos hemos referido, aunque no haya sido de modo directo.

¿Cómo negar a Martí el valor histórico de lo que dejó escrito?

La dificultad se encuentra en separar al historiador — o al historicista, si se quiere mejor — en una función particular, erudita, didáctica, de investigador, cuando realmente esto último no lo fué, ya que su zarandeada existencia no le permitía recalar en archivos y bibliotecas para servirse de la pesquisa. Fué otra clase de historiador. El que vive y hace la historia. Su obra es hoy una fuente documental, incluso para la historia literaria. No el erudito de la historia; el artista de la historia. El poeta en función histórica. Él mismo es hoy, para nosotros, un personaje histórico.

Un discurso leído por el académico cubano Juan J. Remos y Rubio, en la sesión conmemorativa del nacimiento de José Martí, en 1951 en la respectiva corporación de la Historia, se divulga ahora, con gran acierto, en el número del centenario que acaba de publicarse, bajo la dirección de Félix Lízaso. *La emoción histórica en la prosa de Martí* — es el título que se ha dado a la oración

que ahora se inserta. Poco me parece lo de *emoción*, pero mucho es lo que Remos y Rubio ha contenido en su estudio.

Para el insigne académico, el historicismo de Martí es impresionista. “Lo admirable y sugestivo, por lo original y elocuente, en Martí, reaccionando ante los personajes de la historia y ante la propia historia, es que él produce una verdadera recreación”⁹. Remos y Rubio integra a Martí como historicista, si bien eludiendo calificarlo decididamente, en la escuela de Dilthey. Posiblemente Martí no estaba enterado de los estudios del teórico alemán, y seguimos el razonamiento de Juan J. Remos, con el mayor placer. Pero no importa: el efecto diltheyano estaba en el ambiente de la época. “No fué Martí un historiador, en el sentido estricto que al término han dado clásicos y modernos; pero la emoción del hecho histórico y de los hombres con perspectiva histórica, no resbaló en su sensibilidad...”.

Yo me atrevo a avanzar más en las inteligentes insinuaciones del culto académico. Martí no fué un historiador, como Unamuno no fué un filósofo. Y vuelvo a la comparación con el autor de *La agonía del cristianismo*, porque parece que el tema se ha actualizado o se está actualizando. Unamuno no fué un filósofo, en la perfecta concepción, aunque sea el único filósofo de la Generación de 1898; porque no nos dejó ni un tratado de filosofía, ni una doctrina filosófica original, ni su dogmatismo creó una escuela. Unamuno es, como Martí, fundamentalmente un poeta. Pero ha hecho filosofía. Hay que cosecharla a través de sus poemas, de sus novelas, de sus ensayos, de sus dramas. Martí, que tampoco fué un historiador, hace historia, a lo largo de sus semblanzas, de sus biografías pictóricas, de sus escritos periodísticos, de sus discursos. Esto es lo que acerca a ambos pensadores. Y como en Martí, lo hemos visto, está todo transido de poesía y hay propia poesía suya que refleja su tiempo, sus dolores, sus ansias; es el poeta-historiador, como Unamuno es el poeta-filósofo. Y aun me atrevería a aventurar más. La obsesión de inmortalidad de Unamuno — que es preocupación con la muerte — se halla valorizada en Martí por la agonía histórica de su anhelo de libertad y por su continentalis-

(9) — Ver el discurso citado en la publicación citada. Págs. 380 a 399.

mo que es su bandera humanitaria. Su poema *Dos patrias* es su angustia de poeta, experimentando la triste realidad histórica: Cuba y la noche.

Desde sus escritos *El presidio político en Cuba y La República española ante la revolución cubana*, de los primeros, cabe informarse del arsenal de percepciones históricas, derramadas en su nerviosa colaboración por la prensa de América, de norte a sur. Hoy, afortunadamente, pueden captarse en la organización editorial de sus Obras, con volúmenes dedicados a *Cuba, En los Estados Unidos, Hombres, Nuestra América*, etc.

Los más sugestivos temas, hasta de historia precolombina, se encuentran en el acervo de las crónicas de Martí. El indigenismo, el arte aborígen, el hombre antiguo de América, la cronología prehistórica americana. Ha dejado una verdadera galería de bocetos de personalidades, abundantísima, de una variedad asombrosa: pintores, políticos, poetas, educadores, militares, filántropos, ensayistas. Sus relieves de figuras norteamericanas de la época son una verdadera riqueza bibliográfica. Sus comentarios sobre economistas e historiadores y novelistas, son documentos vivos.

Sobre todo, si este hombre no hubiese penetrado en el momento histórico, palpitando con toda la vida continental y asimilando sus problemas, ¿cómo hubiese podido proyectar esta luminosidad actual por todo un Hemisferio? ¿Cómo podía ofrecerse con la fertilidad que se ofrece, sumando hoy una extraordinaria bibliografía a su respecto? Como cierto es, también, que subyuga su estudio literario por haber pertenecido a una época crucial, entre el romanticismo crepuscular y el realismo en germen, lo que se advierte en el remolino de su estilo artístico.

Tenía el neoplatonismo por la patria y la innata vigilancia, por la realidad cotidiana. Era un Apóstol porque tenía el sentido místico de la Libertad y de la Justicia humana. Nunca se concretó en programas políticos ni sociales. En el discurso de Juan J. Remos, se concluye por la emoción histórica de Martí, pero con estas frases: "La emoción de la historia, la propia concepción del hecho histórico, las vivía Martí, porque en definitiva, tenía la con-

ciencia de que *él también hacía la historia* y concebía lo que en el porvenir hubiera de ser carne de interpretación”.

*

* *

Una conclusión definidora, como crítico, se desprende de esta un tanto atropellada semblanza de Martí. Fué un singular fenómeno que, posiblemente, sólo en América ha podido producirse. En esta América de nuevas inquietudes. Sus ideas se destilaron en el alambique de su sentimentalismo latinoamericano. Un poeta en función de revolucionario y de polemista. Ingenuo a veces, en su poesía, por ser alma soñadora. Humano en el magisterio, sensualista en el amor, indisciplinado en su fiebre de pensar, audaz en sus actos, generoso sin límites y con un ciego amor pagano por la tierra que le vió nacer, y morir, de vuelta al hogar por el camino del sacrificio. Amó a Cuba como a una mujer, y en sus brazos murió ensangrentado.

Me resta añadir que, como español, aprendí a admirar esta figura con los años y, quizá sin yo saberlo, subí a su comprensión por escalanos de propias experiencias. Pertenzco a una generación que en su primera juventud recibía los ecos del desastre colonial de España. Hoy, comprendo mejor, mucho mejor, a Martí. Y lo veo también como un vástago de una España eterna que también tiene una historia, hecha con anhelos de Libertad.

Bibliografía — Además de la citada:

Cuadernos de Cultura: Antología Familiar de José Martí, Publicación del Ministerio de Educación. La Habana, 1941.

Martí, estudiante universitario, de Antonio Navarrete. La Habana, 1953.

*

* *

POESÍAS DE MARTÍ

Los Hombres de Mármol

Sueño con claustros de mármol
donde en silencio divino
los héroes, de pie, reposan:

¡De noche, a la luz del alma,
hablo con ellos; de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: las manos
de piedra les beso; abren
los ojos de piedra: mueven
los labios de piedra: tiemblan
las barbas de piedra: empuñan
la espada de piedra: lloran:
¡Vibra la espada en la vaina!
Mudo, les beso las manos.

¡Hablo con ellos, de noche!
están en fila; paseo
entre las filas: lloroso
me abrazo a un mármol: “¡Oh mármol
dicen que beben tus hijos
su propia sangre en las copas
venenosas de sus dueños!
¡Que hablan la lengua podrida
de sus rufianes! ¡Que comen
juntos el pan del oprobio,
en la mesa ensangrentada!
¡Que pierden en lengua inútil
el último fuego! ¡Dicen
— oh mármol, mármol dormido —
que ya se ha muerto tu raza!

Echame tierra de un bote
el héroe que abrazo; me ase
del cuello; barre la tierra
con mi cabeza: levanta
el brazo, ¡el brazo le luce
lo mismo que un sol!: resuena
la piedra; buscan el cinto
las manos blancas: ¡del soclo
saltan los hombres de mármol!

* * *

La Niña de Guatemala

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargo de flores.

Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

...Ella dió al desmemoriado
una almohadilla de olor:
él volvió, volvió casado;
ella se murió de amor.

...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador;
¡nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

* * *

La Bailarina Española

El alma trémula y sola
padece al anochecer:
hay baile: vamos a ver
la bailarina española

Han hecho bien en quitar
el banderón de la acera:
porque si está la bandera,
no sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina:
soberbia y pálida llega:
¿Cómo dicen que es gallega?
Pues dicen mal: es divina.

Lleva un sombrero torero
y una capa carmesí:
¡Lo mismo que un alelí
que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,
ceja de mora traidora:
y la mirada, de mora:
y como nieve la oreja.

Preludian, bajan la luz,
y sale en bata y mantón,
la virgen de la Asunción
bailando un baile andaluz.

...Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
él volvió con su mujer:
ella se murió de amor.

Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente — ¡la frente
que más he amado en mi vida!

Allí en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Alza, retando, la frente;
crúzase al hombro la manta:
en arco el brazo levanta:
mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones
el tablado zalamera,
como si la tabla fuera
tablado de corazones.

Y va el convite creciendo
en las llamas de los ojos,
y el manto de flecos rojos
se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca:
húrtase, se quiebra, gira:
abre en dos la cachemira,
ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea;
la boca abierta provoca;
es una rosa la boca:
lentamente taconeá.

Recoge, de un débil giro,
el manto de flecos rojos:
se va, cerrando los ojos,
se va, como en un suspiro...

Baila muy bien la española,
es blanco y rojo el mantón:
¡Vuelve, fosca, a su rincón
el alma trémula y sola!

* * *

(De la *Antología Hispanoamericana*, Jorge Campos, Ed. Pegaso, Madrid, 1950).

JOSE' ENRIQUE RODO'

R O D Ó

Después del Romanticismo, en Hispanoamérica, crece lo que se denomina el Modernismo. La acepción de crece, la empleo en su exacto valor. No fué una aparición imprevista.

José Enrique Rodó acepta el acontecimiento y lo estudia; es un crítico ponderado, más frío que entusiasta, pero navega, tal vez sin quererlo completamente, al empuje del nuevo curso de las aguas. Venera lo clásico con afán de erudito, pero también se agita con ferviente idealismo. Conserva su independencia como un romántico, pero también cultiva la belleza de la forma que es el eco vibrante de la elegancia de Rubén Darío.

Mas, Rodó se traza otros planes y acepta otras preocupaciones. Poeta con brevedad, en sus primeras manifestaciones literarias, ensayista, crítico, pedagogo, político y filósofo, sin rasgos exorbitantes pero con indiscutible seriedad, conciencia y honradez, la personalidad de Rodó se presta a un laborioso análisis para desentrañar su genuina faceta.

Ha hecho oscilar la crítica de uno a otro de sus escritos, en que el tema varía y la idea se escapa, y la crítica, fatigada a veces en el examen de su labor, ha pretendido llegar a deducciones rápidas, procurando tributar el homenaje de respeto que mereció en su época y que sigue mereciendo.

Los historiógrafos de literatura hispanoamericana vienen copiándose, unos a otros, en el estudio de Rodó.

Pulcro prosista, intelecto ecuánime, admirador de Renán y de Juan María Guyau y, por lo tanto, con fermento francés, poco original pero admirablemente dotado para vigorizar el estímulo por las nobles causas, director espiritual de una juventud continental que mucho le debe, generosidad sin límites y sentido humano del optimismo; así, resumo los trazos que son unánimes en el juicio que persiste sobre Rodó.

Se le ha reconocido, igualmente, la universalidad de su signo mental. Últimamente se le va concediendo algo que se le ha discutido: su filosofía. También se ha llegado a esta conclusión: era perfectamente un maestro.

El camino más seguro para renovar la crítica, es volver a leer su obra, y leerla despacio, pues nos brinda hoy esta primera sugestión: la demorada lectura.

La prosa de Enrique Rodó no se reviste con el deslumbrante color, que fué moda en su tiempo; lo superfluo o lo vistoso no se adaptó a su temperamento, pero la castiza manera, sí. Su amabilidad hay que solicitarla en un desinteresado contacto con sus ideas. Y, al releerle, nos encontramos indefectiblemente con esto: el pensamiento de Rodó está vivo, como en los años de su existencia física.

Rodó labra su inmortalidad, serenamente, a través del tiempo, con el mismo tesón que presidió su trabajo, con la "quietud" del que tiene plena confianza en lo que piensa y en lo que dice. Ese equilibrio intelectual, que trasciendo de la efigie que conservamos de él, se refleja en su obra.

Pero hay algo más; sentimos los problemas de ahora, las inquietudes de ahora, al ritmo de los conceptos que expresó hace treinta o cuarenta años. Se dirá que no es mucho el tiempo transcurrido para que deje de ser actual un pensador o un ensayista de la categoría de Rodó. Mas debo responder que ese tiempo es suficiente para antiguar una pluma. En las dos últimas décadas, hasta el momento presente, atravesando la tremenda crisis guerrera, que aun no se ha resuelto, el mundo ha sufrido hondas modificaciones. La sociedad se ha conmovido profundamente. Hombres de más proyección en su propia época, que Rodó, no resisten a esta prueba: lo que llevamos de siglo.

Rodó se yergue con ese mérito incuestionable; su pensamiento refulge entre los pocos faros luminosos, de la mentalidad moderna, que tienen potencia para orientar desde la costa a nuestro mundo, debatiéndose en la obscuridad de un porvenir cuyo amanecer no divisamos todavía. Pensamiento vivo de Rodó.

Decía Miguel Uzcátegui Balza, desde Caracas, hace varios años, o sea durante el torbellino de la contienda mundial, que José En-

rique Rodó era el pasado, el presente y el porvenir intelectual de América, y que había que llevarlo latente en nuestro espíritu para que se doblegasen a nuestro paso los escollos de la Vida.

Es cierto; Rodó significa una fuerza y un anhelo, es casi una tabla de salvación para estos nuestros días de decaimiento y cansancio.

El profesor Enrique Moceno, en una transmisión latinoamericana desde Londres, en julio de 1944, dedicaba a Rodó una de sus charlas y exclamaba: “Este hombre puro, silencioso y meditativo que amaba lo eterno y lo permanente, supo situar su obra por encima de las modas y de las escuelas”.

Es cierto, su obra sigue palpitando hoy como ayer, y está brindándonos su energía y su valor.

Una de las varias “actualidades” de Rodó, reside en su instinto profético, el cual nos sorprende en cualquier parte de sus páginas. Yo, personalmente, no concuerdo con el fondo demasiado aristócrata de su huella espiritual, como me aparto hoy de muchas cosas doctrinarias en boga; pero no puedo por menos de inclinarme ante la clarividencia del culto uruguayo.

En 1906, replicando a un contrincante, se explicaba así Rodó, acerca de un liberalismo que, a su modo de ver, estaba mal entendido: “No es imposible que se preparen en el mundo días aciagos para la libertad humana. No es imposible que — según auguros pesimistas suelen profetizarlo —, la corriente de las ideas, precipitándose cada día más en sentido del menosprecio de la libertad individual, sacrificada a la imposición avasalladora de la voluntad y el interés colectivos, lleve al mundo, con acelerado paso, a una de esas situaciones de universal nivelación, en que el opresor — persona o multitud, César o plebe —, reclama a un tiempo para sí el Imperio y el Pontificado, obligando al pensamiento individual a refugiarse en el íntimo seguro de las conciencias, como las aves que se acogen a los huecos de las torres que se deshacen y de los templos que se derrumban. Si ése es el inmediato porvenir, habremos de resignarnos a no ser ya entonces hombres de nuestro tiempo”.

Y evocando la idea de la libertad sin mácula, terminaba ese período: “Allí donde quede una sola conciencia que la sienta, allí

estará la equidad, allí la justicia, allí la esperanza para la hora del naufragio y de la decepción”.

¿No nos quedamos mudos, delante de estas observaciones, mudos de estupor por lo que hemos visto y vemos en nuestra hora preñada de temores y desesperanzas, de angustia y desorientación, por el futuro que espera a nuestra amada y soberana libertad, atributo imprescindible de la dignidade del hombre?

En otra ocasión, en diciembre de 1895, con motivo de comentar los sonetos parnasianos del argentino Leopoldo Díaz — *Bajorrelieves* —, Rodó entonaba un himno a la divina libertad de los versificadores: “Yo, que he participado, y aun participo de esta fe en el sublime magisterio de la palabra de los poetas, creo, antes que en ninguna otra cosa, en la libertad, que Heine proclamó irresponsable, de su genio y de su inspiración. Cuando veo que se les exige, con amenazas de destierro, interesarse en lo que llama la Escritura, las disputas de los hombres, recuerdo a Schiller narrando la historia de Pegaso bajo el yugo. El generoso alazán, vendido por el poeta indigente, es uncido por groseras y mercenarias menos a las faenas rústicas, símbolo de la inmediata utilidad y del orden prosaico de la vida. Él se revuelve primero para sacudir el yugo que desconoce, y desmaya después de humillación y de dolor. En vano se fatigan sus amos: le desuncen, convencidos de la imposibilidad de domeñarle, y le arrojan como cosa inútil. Pero el antiguo dueño, que vagaba triste como él, lo encuentra un día en su camino: sube, lleno de júbilo, entre suas alas desmayadas, y entonces un estremecimiento nervioso hace hervir el pecho del corcel rebelde a la labor; se despliegan sus alas, sus pupilas flamean, y tiende el vuelo hacia la altura con el soberbio brío, con la infinita libertad de la inspiración levantada sobre las cosas de la tierra...”.

Bebamos en la fuente viva del pensamiento de hombres como Rodó, en esta seca y árida jornada de nuestros días.

*

* *

Separándome por un instante del comentario de la obra de este pensador, sin pretensiones de exacta biografía, he aquí la ficha

que identifica prácticamente, para un estudio literario, la personalidad del ilustre uruguayo.

Nace José Enrique Rodó en Montevideo, el 15 de julio de 1872, hijo de un español casado con uruguya. Era época de efervescencia interna y de no pocas complicaciones con los inmediatos vecinos continentales. Hacía 42 años que había nacido constitucionalmente la Nación, y Argentina y Brasil se disputaban la influencia principal en la Nueva República Oriental de Uruguay.

En 1872 substituía, en la jefatura del gobierno, a Lorenzo Batlle, don Tomás Gomensoro, quien hizo las elecciones para presidente, realizadas en 1873.

Partidismo y caudillismo eran la tensión nerviosa de los uruguayos. Las revoluciones y los golpes cuartelarios estaban en el orden del día.

La tendencia anticlerical se dibujaba perfectamente, en una nacionalidad que habría de salir, modernamente, con su característica democrática singular, y que perdura hasta hoy en la simpática nación uruguaya.

El joven Rodó cursó sus primeras letras en colegio laico; pero el vacío religioso en su educación, lo llenaba el catolicismo de su madre, la que imprimió en el hijo al menos el recuerdo cristiano, el que Rodó habría de conservar después, situándose tan lejos del librepensador como del católico austero. Un cristiano razonable y esclarecido con el humano lirismo de Renán.

Ingresó en los cursos universitarios y, antes de obtener cualquier título, Rodó se inició ya con la pluma. Es en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, de Montevideo, donde aparecieron sus primicias literarias de escritor de 23 años. Según unos biógrafos, esa revista fué fundada por Rodó en colaboración con dos amigos, según otros esa publicación ya existía en su ciudad natal y Rodó llegó a dirigirla. Están en un error los primeros. El período de su colaboración en la misma, simultáneamente con otros trabajos, abarca de 1895 a 1898, aproximadamente.

No eran simples balbuceos de aprendiz de publicista. Los artículos de Rodó, en la *Revista Nacional*, acusaban un talento selecto y un escritor vigoroso.

Allí aparecieron perfectos ensayos de crítica literaria, con estos epígrafes: *Juan María Gutiérrez y su época* (marzo y abril de 1895); *El americanismo literario* (agosto y noviembre de 1895); *De dos poetas: Ecos lejanos de Carlos Guido Spano y "Bajo relieves" de Leopoldo Díaz* (diciembre de 1895); *Sobre un libro de versos: Poesías de Francisco Soto y Calvo* (marzo de 1896); *Andrés Lamas — Miguel Cané* (agosto y octubre de 1896); *Poemas: Isla de oro, la leyenda blanca, Belfégor, por Leopoldo Díaz* (marzo de 1897); *Arte e Historia. A propósito de la Loca de la Guardia de Vicente Fidel López* (junio de 1897); *La muerte de Ricardo Gutiérrez* (septiembre de 1897); etc. Otros escritos de esa fase de la carrera literaria de Rodó fueron un folleto de 1897, *La vida nueva*, y el estudio — *El que vendrá*.

Trabajos, éstos, de la juventud de Rodó, que, conservando su lozanía y su real mérito primitivos, fueron incorporados a la colección de ensayos que componen su libro *El Mirador de Próspero*, que representa una de las más brillantes selecciones de su labor.

En 1898, ó sea, con 28 años de edad, Rodó fué designado Profesor de Literatura de la Universidad de Montevideo. Hacía dos años que estaba en manos del público de habla española el volumen *Prosas profanas*, de Rubén Darío, quien era apenas cinco años mas viejo que Rodó. No podía por menos de atraer la gran curiosidad y ser un gran incentivo, para el crítico uruguayo, la nueva modalidad poética del vate de Nicaragua y, en 1899, publicaba Rodó su monografía sobre *Rubén Darío*, para cuyos juicios habían servido de pilar las *Prosas profanas*.

Rodó enfoca las innovaciones del grande poeta continental con un plausible objetivismo y con profundidad de análisis, pero sus apreciaciones fueron discutidas, porque, modelado con marcadas influencias francesas, que no eran precisamente las de Darío, se mostraba el crítico escéptico sobre la capacidad de originalidad y de transcendencia de una poesía americana, cual la del autor de *Azul*. Le faltaba a esa poesía, a su juicio, el atractivo para la mayoría, para el el llamado gran público.

El nombre de Rodó se extendía por todos los medios intelectuales de América hispana, y los grandes diarios argentinos, como

otras revistas de prestigio del Continente, se honraban albergando los frutos de su pluma.

Rodó, en la concentrada atmósfera de su pequeña nación, fué absorbido por la inquietud que desbordaba, o sea, por la política nacional. El atractivo doctrinario de las diferencias y orientaciones de partido, se polarizaban en torno de la figura de José Batlle y Ordóñez, hombre de exaltaciones cívicas, de carácter dinámico, que revigorizó el Partido *Colorado* y que pasó de la presidencia del Senado a la de la República en 1899, siendo reelegido en 1903.

Rodó, afiliado al partido liberal, ornó sus artículos con ese sentido de la actualidad que fué prenda constante de su labor, con el acento de la oratoria parlamentaria y así se manifestó en sus colaboradores, que aparecieron en el periódico *El Orden*, y que le condujeron a presidir el *Club Vida Nueva* de Montevideo, cenáculo de la dialéctica político-intelectual de su tiempo.

En el año de 1900, fecha notable en su biografía, aparece su libro, que le completó el prestigio continental. Nos referimos a *Ariel*, cuyas ediciones se multiplicaron en España y en las Repúblicas americanas. En ese año ejerció interinamente el cargo de Director de la Biblioteca Nacional.

La honradez de su conducta, inseparable de su existencia y de su obra, y que se proyecta como una señalada virtud de su pensamiento, tuvo su primera y noble expresión pública al abandonar, en 1901, su cátedra de la Universidad, para militar sin embarazos en la política y responder, sin coacciones de ningún género, a sus responsabilidades de hombre de doctrina.

Hermoso ejemplo, que hoy debería ser espejo de intelectuales asumiendo parecidas responsabilidades en vísperas de acontecimientos de transcendencia política, y de las que desertan complaciendo a las insinuaciones de Sancho Panza, cansado de la trabajosa ideología de su señor, el caballero don Quijote.

Habiendo sido elegido diputado en 1902, Rodó entró en la Cámara de su país, mereciendo la reelección seis años más tarde.

El 5 de julio de 1906, apareció en *La Razón* de Montevideo una carta de Rodó, prólogo de una interesantísima polémica que substancia el contenido de un folleto titulado *Liberalismo y Jaco-*

binismo, editado en Montevideo, en aquel mismo año — y no en 1907, como se señala en algunas biografías. La envidia y, sobre todo, la sugestión presente de esa pequeña obra, la deseamos poner de relieve en la actualidad y así, lo haremos más adelante.

Como un producto de su actuación y preocupación políticas, hay que anotar el *Informe*, en el cual Rodó trató cuestiones de organización obrera. Entre tanto laboraba en sus libros, apareciendo en 1909 el segundo notable, intitulado *Motivos de Proteo*, especie de florilegio de observaciones vitales, de reflexiones sobre episodios humanos, bordadas con el hilo dorado del apólogo o del ejemplo moral. Después de su muerte, en 1919 se publicó una continuación de esta obra, *Últimos motivos de Proteo*.

Rodó, que escasa desazón viajera parecía sentir o a quien no atraía el abandono de sus lares patrios, fué, en el año de 1910, a Santiago de Chile, representando a su país en las fiestas del centenario de la Independencia chilena. Suyas son estas palabras pronunciadas en su discurso en la república del Pacífico, con aquella ocasión: “Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única...” Expresiones que deben tenerse en cuenta por si un día se recopilan documentalmente los antecedentes valiosos que hoy son el plan constructivo de una América fraternal, de un Panamericanismo sólido y eficaz.

En 1913, Rodó lanzaba al público un libro, que debería ser el último en vida del autor, compendio magnífico de sus tareas de ensayista y crítico admirable y al que ya hemos hecho referencia — *El Mirador de Próspero*. Presidía por entonces el *Círculo de la Prensa de Montevideo*.

Desengañado con el áspero camino de la política o desconfiando de él, sin las logosidades de la juventud, viendo que la alabanza significaba interés y el obstáculo carecía de estímulo, y más vertido su lúcido espíritu en los moldes literarios, completamente madura su inventiva de escritor, anheló respirar otros aires que los de su hogar uruguayo. Necesitaba, sin duda, ventilar su mente, asomándose al mundo europeo. La revista de Buenos, *Caras y Caretas*, le ofreció la corresponsalía en 1916. Se dice que fué éste el

medio que tuvo Rodó para salvar el inconveniente económico para sus proyectos de viajero. Y salió de su patria, sin sospechar que definitivamente se separaba de ella.

Desembarcó en Lisboa, atravesó España con breve detención en Barcelona, y siguió con destino a Italia.

Pero, toda su curiosidad y la promesa de una fecunda visita por el Viejo Mundo, que inspiraría su ilustre pluma, se malograron inesperadamente. Se sintió doliente estando en Palermo, a poco de su estancia en tierras italianas; y falleció en la soledad de su habitación de huésped extranjero, en un hotel de la ciudad siciliana, el primero de mayo de 1917, a los cuarenta y seis años de edad.

* * *

Mucho tiempo pasará todavía con la actualidad de Rodó, y principalmente aquí, en América. La ética y la crítica de Rodó tendrán el valor de una orientación y de una documentación para los latinoamericanos, durante un largo período y a partir, no de su tiempo, sino a partir de ahora.

La obra de Rodó apenas se condensa en tres libros, en unos pocos folletos y breves biografías. Pero muchas veces la fecundidad de un espíritu no se encuentra en el volumen de su producción y sí en la fertilidad de su pensamiento. Tampoco la fertilidad es siempre originalidad en el mundo de las letras, sino que puede ser fuerza de estímulo y potencia de dirección, que es lo que sucede con el escritor uruguayo.

El profesor Enrique Moceno, ya aludido, sintetizaba así, en una semblanza de Rodó, la personalidad de éste: “Se le podría llamar el *maestro* por antonomasia, porque va derecho a nuestro entendimiento, con el propósito de aleccionarnos, de convencernos o de templar nuestro espíritu para la lucha en pro de la belleza o de la verdad”.

Hay también en su obra, especialmente en la de crítica, el mérito de la extensión, no contentándose con el ámbito nacional.

Recientemente se ha publicado un tomo, hábilmente compuesto, con estudios de Rodó exclusivamente dedicados a literatura argentina¹. Han sido extraídos de su obra *El Mirador de Próspero*.

El ensayista parece haber sobrepasado al filósofo, al menos en cuanto a interés didáctico en América hispana, donde se está actualmente en un vasto proceso de definición y clasificación de valores literarios. Por esto conquista, *El Mirador de Próspero* de Rodó, un lugar privilegiado: es el resplandor de una pluma armónica unido a la consistencia del analista y al acierto sorprendente del observador. La crítica de una personalidad literaria, de un libro de versos o de una obra teatral sugieren, a Rodó, divagaciones de concepto del mayor provecho.

Tratando del argentino Juan María Gutiérrez y su época, ha escrito substanciales capítulos sobre el americanismo literario, el sentimiento de la naturaleza y el sentimiento de la historia².

Al referirse al drama de Payró — *El triunfo de los otros* — alude con amarga ironía, pero ejemplar, a la emancipación del ingenio, de la tiranía de los príncipes de antaño. “La obligación del protegido por Mecenas solía saldarse con la dedicatoria pomposa e inocente, tanto más inocente cuanto más pomposa. A la pensión que se cobraba en la mayordomía del palacio, ha sucedido el manuscrito descontable en el mostrador del librero... de la tiranía autocrática u oligárquica a la tiranía de los muchos”.

En *El Mirador de Próspero*, se realzan los magníficos ensayos cuyos temas son: Bolívar, Juan Montalvo el culto literato del Ecuador, el esteta colombiano Carlos Arturo Torres y el eminente argentino Juan Gutiérrez. Quedará siempre una laguna para el estudioso de literatura hispanoamericana, que no haya examinado esa obra de Rodó.

Ariel, publicado en 1900, es una lección perenne, dirigida a la juventud de toda América latina por el pensador uruguayo. Un íntimo sentimiento de la estética, elevado a la categoría de norma de educación política y social, es el fructífero argumento del *Ariel* de Rodó. Fué a buscar en *La Tempestad*, de Shakespeare, los símbolos que desarrollan la intención pedagógica de la obra. Ariel, el genio del aire, presidiendo con el abrazo de sus alas los discursos del maestro Próspero, reflejo de aquel Duque de Milán asistido por

(1) — *La tradición intelectual argentina* de José Enrique Rodó. Edic. Angel Estrada. 4a. Ed., Buenos Aires.

(2) — Ob. cit. de Rodó de la Colección Estrada.

el derecho, contra el usurpador — de la obra del dramaturgo inglés. Ariel es un bronce y es el numen inspirador del maestro que se despide de sus discípulos.

Sólo este simbolismo de Rodó valdría por un nuevo rumbo a seguir. Asfixiados en este mundo de hoy, por la atmósfera material que ha dejado la guerra y la moral que está creando una paz sin horizontes, Rodó nos brinda la atracción del aire. Si bien la moderna ciencia también nos quiere escatimar el dominio de esa zona vaporosa, con los engendros de la aviación y del átomo.

Despertaba mi curiosidad, un día de estos, una propaganda sobre el poder y la misteriosa influencia del éter, donde se decía que se aloja el alma del universo, la revelación de la inteligencia de lo Cósmico. No sabemos en qué zona encontrar el remedio de nuestras desorientaciones.

En *Ariel*, se exalta el poder de la juventud y se enseña la fascinación de la Belleza para toda regeneración humana, para toda ambición justa y noble, para el Bien y para el Derecho.

“Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno”. “Se huirá del mal y del error como de una disonancia, se buscará lo bueno como el placer de una armonía”. “La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber, como la de la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía”. Son conceptos de Rodó, en *Ariel*.

Poniéndome al margen de su aristocracia intelectual, que reacciona contra la democracia política, esos pensamientos de Rodó reviven ahora, con brillo de estrellas en la noche, presagiando la futura “Vía láctea”, si queremos salvarnos del caos presente.

Se habla de crisis religiosa, de crisis moral, de materialismo brutal e imperialismo impenitente, pero poco se ha hablado de esa crisis del sentido de la Belleza y de la Armonía. Llegar por el sendero de lo Bello a la Moral y a la Justicia, no se nos ha ocurrido con la frecuencia debida.

No contetarnos con el amor aunque sea tosco, ni con la caridad aunque sea desapacible, ni con la moral aunque sea vulgar, ni con

la religión aunque sea intolerante, no es ya remedio contra la brutalidad, la impiedad y la incomprensión. Hemos abandonado lo selecto, lo delicado, hemos “materializado” así hasta los propios ideales de todo orden. Vibremos con esa enseñanza del Próspero de *Ariel* y exijamos lo Bello, con lo justo y lo moral.

No nos percibimos que estamos sedientos de hermosura, cuando pedimos paz, que nuestro siglo, utilitario, socialista e imperialista a la vez, está exigiendo que abramos el alma a la sensación de la Belleza, para que tengamos inspiración de poetas en esta inundación de prosa interesada y cruda que es lo político, lo social y hasta lo religioso.

Dignifiquemos a *Ariel* de Rodó, cuando dice: “Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen a una noble espontaneidad del ser racional y no tuvieran, con ello, suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría a proponer la cultura de los sentimientos estéticos, como un alto interés de todos”.

El moralista y hasta el filósofo vuelve a aparecer en la obra *Los motivos de Proteo*, publicada en 1908, con una segunda parte póstuma, editada en 1932. Un crítico español contemporáneo no regatea elogios a Rodó, viéndole a través de las páginas de ese libro. “Mago de la prosa hispánica, supera a Valera en flexibilidad, a Galdós en elegancia, a Pereda en modernidad, a Valle-Inclán en doctrina y a Azorín en espíritu crítico”. Es posible que González Blanco se exceda en estas comparaciones.

Con un ático y apurado criterio, Rodó reúne en esa obra observaciones y gustos de meditación, de interés humano, enriquecidos con una técnica orientalista, la del ejemplo. Nos recuerda, a veces, el ciclo que en la España del s. XVI inicia don Juan Manuel con su notable libro *El conde Lucanor*.

Rodó, abundante en parábolas, inspirado en la narración, elabora un programa de incorporación del individuo a la disciplina de la voluntad, con el consecuente anhelo de reforma. Exhorta a la imaginación para amenizar, con el simbolismo, una doctrina de moral.

Ensalza a Goethe en las líneas eruditas del capítulo *La gesta de la forma*, como ha poetizado la constancia de la fe, en su na-

rración titulada *Los seis peregrinos*. Goethe es antes que nada, para Rodó, el ejecutante de la armonía y el espíritu genial, que ha extraído de la palabra una vibración de luz que nos conduce al optimismo de vivir por la emoción de lo bello. Siempre esta pasión estética.

Destaca, Alberto Sánchez, el estilo oratorio de Rodó, refiriéndose a cierta sequedad de forma: y es que el estilista, cuando no recurre a la plasticidad con la fantasía del colorido, recorta la frase como una curva labrada en mármol, y padece de alguna frialdad.

Rodó no busca emociones inmediatas, sino efectos de atención meditativa. Por esto se va descubriendo ahora en Rodó su rastro filosófico, un conceptismo modelado con una cultura y un afán de búsqueda. La filosofía de Rodó es un suave aliento que se desprende de su crítica y de sus reflexiones, de sus pensamientos y de sus juicios, cual un discípulo de Renán que enfrenta los problemas de nuestro tiempo.

Desembocamos ahora, no en el último escrito, pero sí en una cuestión que disputa, a todas las demás, nuestra atención presente. La Comisión de Beneficencia Pública uruguaya determinó la prohibición de los crucifijos en las salas de Hospital. Rodó condenó la medida: no como liberalismo extremista, o como jacobinismo. Rodó defendió el signo cristiano como el más puro de la caridad humana.

En respuesta, el doctor Pedro Díaz, el 14 de julio de 1906, refutó las condenaciones de Rodó en una conferencia en el *Centro Liberal*. El dr. Díaz se internó por el campo histórico, para demostrar que la caridad estaba vigente en el mundo antes de la llegada de Jesús. La polémica se convirtió en dialéctica de erudición.

Rodó fué derrotando las citas de su contrincante, desde Confucio, pasando por Egipto, Grecia y Roma, para terminar con el “sofisma de la caridad científica”.

Pocas veces se ha repetido en nuestros días una tan brillante defensa del cristianismo y de la verdadera libertad, como la que consta en las noventa páginas que componen el libro *Liberalismo y jacobinismo* de Rodó. Sin aludir al catolicismo, fija la idea en el Cristo redentor de hombres.

Cuántos jerarcas católicos desearían tener la iluminación espiritual que asistió a Rodó en aquel trance, y cuántos demagogos desearían la conciencia que latía en Rodó, al condenar la intolerancia en donde quiera que brote y como quiera que se disfrace. Hombres de socialismo cristiano, al modo de Rodó, en aquella memorable polémica, necesitamos ahora.

Los escritos de Rodó constituyen una realidad indiscutible. Y para que esta realidad no desmerezca aquí, por un elogio sin límites, reconozco, a mi modo, sus defectos.

No llegó a sistematizar sus ideas; es un filósofo sin doctrina. Como su estatua de Ariel, pronta a emprender su vuelo, en esa actitud vemos siempre a Rodó. El pensador nos traza planos, pero la acción vacila. Tuvo intuición de pedagogo, pero sin solidez dogmática. Dotado de instinto de profecía, nos prende con la vivacidad de su espíritu. Su independencia no provoca el proselitismo, pero nos hace espontáneamente pensar. Su estilo es un modelo de prosa castellana, lastimando que la salpicase de galicismos innecesarios. Un patriota *continental*, orgulloso de su nación, pero consciente de todas las glorias de América.

Y hoy, él, otra gloria de América.

Bibliografía:

A. González Blanco, *Escritores representativos de América*. Madrid, 1917.

V Pérez Petit, *Rodó*. Montevideo, 1919.

Gustavo Gallinal *Leyendo el "Abril" de Rodó*. En *La Nación* de Buenos Aires, julio, 1925.

* * *

UNA PÁGINA DE RODÓ ¹

(Con motivo del acuerdo de la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública ordenando la expulsión de los crucifijos en las salas Hospital, en 1906).

Si para llamarse a justo título *librepensador* bastara con inscribirse en los registros de una asociación de propaganda y participar de los odios anticlericales, dependería de un acto de voluntad, — menos aún: de un movimiento reflejo, — el ser efectiva-

(1) — *Liberalismo y Jacobinismo*, José Enrique Rodó. Montevideo, 1906.

Bibliografía:

mente librepensador; pero el hecho es que poder llamárselo con verdad es cosa difícil: tanto, que para que el libre pensamiento pudiera ser la característica psicológica del mayor número, se requeriría en la generalidad de los espíritus un estado de elevación mental que hoy no es lícito, ni aún con el mayor optimismo, reconocer sino en un escaso grupo. Fácil sería demostrar, en efecto, que la gran mayoría de los hombres, los que forman multitud para echarse a la calle en día de mitin y auditorio numeroso con que llenar salas de conferencias para aplaudir discursos entusiastas, no pueden ser, dado el actual nivel medio de cultura en las sociedades humanas, verdaderos *librepensadores*. Y no pueden serlo — si se da a esa palabra el significado que real e íntimamente tiene y no el que le atribuye el uso vulgar — porque lo que creen y proclaman y juran, aunque marque el grado máximo de exaltación en punto a ideas liberales, no ha sido adquirido por vía de convencimiento racional, sino por prejuicio, por sugestión o por preocupación. La misma docilidad inconsciente y automática que constituía en lo pasado el populoso cortejo de los dogmas religiosos, constituye en nuestros días el no menos populoso cortejo de las verdades científicas vulgarizadas y de las ideas de irreligiosidad y libertad que han llegado al espíritu de la muchedumbre. — Mu- chísimos son — valga esto de ejemplo — los que, aún en capas muy inferiores, intelectualmente, del vulgo, están enterados de que la tierra se mueve al rededor de sí misma y al rededor del sol. Pero entre cien que lo *saben* habrá dos ó tres que sean capaces de probarlo. Los demás quedarían absolutamente desconcertados si se les exigiera una demostración de que no tienen noticia o que nunca han analizado por sí mismos para comprenderla; pero no por eso dejan de abrigar la íntima seguridad de lo que dicen, hasta el punto de que no vacilarían en aceptar, en favor de ello, una apuesta en que les fuese la fortuna o la vida. La multitud cree, pues, en la autoridad de la ciencia, por la fe, por adhesión irracional, por docilidad hipnótica: por motivos absolutamente ajenos a la activa intervención de su raciocinio; como hubiera creído, a nacer dos siglos antes, en la autoridad de la fe religiosa y en los dogmas que esta autoridad impone. Y lo que se dice de las verdades científicas, puede, con doble fundamento, decirse de las

ideas morales y sociales. Muy pocos son los que se encuentran en el partido, escuela o comunión de ideas a que pertenecen, por examen propio y maduro, por elección de veras consciente, y no por influencias recibidas de la tradición, del ambiente o de la superioridad ajena. Mientras el nivel medio de cultura de la humanidad no alcance muchos grados más arriba, no hay que ver en ningún género de proselitismo un convencimiento comunicado, por operación racional, de inteligencia a inteligencia, sino una obra de mera sugestión. Si sugestionados son la mayor parte de los que llevan cirios en las procesiones, sugestionados son la mayor parte de los que se burlan de ellos desde el balcón o la esquina. El sueño y la obediencia del sonámbulo, con los que tarde ha asimilado la manera como se trasmite y prevalece la fuerza social de imitación, sigue siendo el secreto de toda propaganda de ideas y pasiones. No hay por qué sublevarse contra esto, que está todavía en la naturaleza de las cosas humanas; pero propender a que deje de ser tal la ley de la necesidad es la gran empresa del pensamiento libre.

Y entendido y definido así el libre pensamiento, ¿qué será necesario para aumentar el número, forzosamente reducido aún, de los que pueden llamarse *librepensadores*? Tratar de aumentar el número de los hombres capaces de examinar por sí mismos antes de adoptar una idea, antes de afiliarse en una colectividad, antes de agregarse a la manifestación que ven pasar por la calle, antes de prenderse la divisa que ven lucir en el pecho del padre, del hermano o del amigo. Y como esta capacidad depende de los elementos que proporciona la cultura y del recto ejercicio del criterio, se sigue que la tarea esencial para los fines del pensamiento libre es educar, es extender y mejorar la educación y la instrucción de las masas por cuyo camino se llegará en lo porvenir, si no a formar una mayoría de *librepensadores* en la plena acepción de este concepto, — porque la superior independencia de toda sugestión, preocupación y prejuicio siempre seguirá siendo privilegio de los espíritus más enérgicos y penetrantes, — por lo menos a asegurar en la mayor parte de los hombres una relativa libertad de pensar. — Este es el liberalismo, para quien atienda a la esencia de las cosas y las ideas; éste es el pensamiento libre, que, como se

ve, abarca mucho más e implica algo mucho más alto que una simple obsesión antirreligiosa; y el procedimiento con que puede tenderse eficientemente a su triunfo es, lo repito, el de la educación atinada y metódica, perseverante y segura, que nada tiene que ver con organizaciones sistemáticas conducentes a sustituir un fanatismo con otro fanatismo; la autoridad irracional de un dogma con la autoridad irracional de una sugestión de prejuicios; el amor ciego de una fe con el odio ciego de una incredulidad.

Abandone, pues, el doctor Díaz su generosa ilusión de que todos los que concurren a oírle son librepensadores y de que su aplauso es la sanción consciente del libre pensamiento. Mucho le aplaude ahora su auditorio; pero si extremara la nota y subiera el tono de sus invectivas, no le quepa duda de que aún le aplaudiría mucho más. Lo característico del sentido crítico de la mayoría es no entender los matices. En arte, como en moral, como en cualquier género de ideas, la ausencia de la intuición de los matices es el límite propio del espíritu de la muchedumbre. Allí donde la retina cultivada percibirá nueve matices de color, la retina vulgar no percibirá más que tres. Allí donde el oído cultivado percibirá doce matices de sonido, el oído vulgar no percibirá sino cuatro. Allí donde el criterio cultivado percibirá veinte matices de sentimientos y de ideas, para elegir entre ellos aquel en que esté el punto de la equidad y la verdad, el criterio vulgar no percibirá más que dos matices extremos: el del sí y el del no, el de la afirmación absoluta y el de la negación absoluta, para arrojar de un lado todo el peso de la fe ciega y del otro lado todo el peso del odio iracundo.

Esto es así y es natural y forzoso que sea así, desde que la diferenciación de los matices implica un grado de complejidad mental que sería injusto y absurdo exigir del espíritu de la multitud. Es más: quizá conviene, en ella, esta inferioridad relativa, porque el modo como puede ser eficaz la colaboración de la multitud en los acontecimientos humanos, es el de la pasión fascinada e impetuosa, que lleva con ceguedad sublime a la heroicidad y al sacrificio, y que no se reemplazaría de ninguna manera en ciertos momentos de la historia: semejante la

muchedumbre en esto al hombre de genio en la fundación moral que también debe su fuerza peculiar a lo absoluto de su fe, a su arrebató y obsesión de alucinado. El día en que intelectualizásemos al pueblo, para que su pensamiento fuera real y verdaderamente libre; el día en que lográsemos darle la aptitud de comparar y analizar ¿quien sabe, después de todo, si este don del análisis dejaría subsistir la virtud de su omnipotente entusiasmo? . . .

Pero no se trata aquí de discutir con quien es vulgo, sino con quien se levanta muy arriba del vulgo; y por eso cabe preguntar si la fuerza empleada en adaptarse al ambiente de la vulgaridad no tendría mejor empleo en propender a elevar la vulgaridad al nivel propio.

El doctor Díaz tiene méritos y condiciontes con que aspirar a triunfos mucho más altos que el de estas propagandas y estos discursos. •

Su liberalismo es probablemente el de la mayoría: se lo concedo sin dificultad.

¿Será también el que, en el inmediato porvenir, prevalezca y se realice en el mundo?

No es imposible.

No es imposible que se preparen en el mundo días aciagos para la libertad humana. No es imposible que — según augures pesimistas suelen profetizarlo — la corriente de las ideas, precipitándose cada día más en sentido del menosprecio de la libertad individual, sacrificada a la imposición avasalladora de la voluntad y el interés colectivos, lleve al mundo, con acelerado paso, a una de esas situaciones de universal nivelación, en que el opresor, — persona o multitud, César o plebe, — reclama a un tiempo para sí el Imperio y el Pontificado, obligando al pensamiento individual a refugiarse en el íntimo seguro de las conciencias, como las aves que se acogen a los huecos de las torres que se deshacen y de los templos que se derrumban.

Si ése es el inmediato porvenir, habremos de resignarnos a no ser ya entonces hombres de nuestro tiempo. — Pero la eficacia inmortal de la idea de la libertad que concretó las pri-

meras convicciones de nuestra mente, que despertó los primeros entusiasmos de nuestro corazón, y que encierra en sus desenvolvimientos concéntricos la armonía de todos los derechos, la tolerancia con todas las ideas, el respeto de todos los merecimientos históricos, la sanción de todas las superioridades legítimas, — seguirá siendo, en mayoría o minoría, el paladín del derecho de todos — y allí donde quede una sola conciencia que la sienta, allí estará la equidad, allí la justicia, allí la esperanza para la hora del naufragio y de la decepción!

RUFINO BLANCO-FOMBONA

I

El hombre entregó toda su vida a la pasión y a lo que la pasión tiene de llama consumidora, en lo que tiene de variantes de color, según el combustible diverso que alimenta el fuego. Mas todo, en una sola y devoradora hoguera.

Esa fué la vida del venezolano Rufino Blanco-Fombona. Su fan vida. Grande en su exaltación americana y española, en el desbarajuste de su materialización de bohemia política y literaria, en su ideal de león demócrata (se le conoce por el *León de América*), porque a veces se revolvía como una fiera, grande en la voracidad de su pensamiento incansable, de su espíritu ambicioso, no por prebendas ni lucros, ambición enciclopédica en el ámbito de la cultura literaria y grande, en fin, en la estricta acepción de conquista del amor insaciable, en los manantiales flúidos de la vida.

Y la vida le fué prócer y milagrosa. Generosamente le regaló setenta años de existencia, tolerante con sus excesos, con sus devaneos, con sus desafíos y sus aventuras. Hasta para morir, ese mismo Hado que le protegía escogió su corazón, que, en las últimas horas, debió sentir juntas las torturas pasadas de todas sus víctimas apasionadas. Pero fué rápidamente, como un dolorido adiós de definitiva despedida. No le faltó, moribundo, para suspirar sin rictus de sufrimiento en el rostro el pecho cariñoso de una mujer, cuando Blanco-Fombona moría sin familia — él, que tanto amó por amar — en una habitación de un hotel, en la cosmopolita Buenos Aires y en un crepúsculo avanzado de octubre. Esa mujer fué María Enriqueta Bello.

El esposo de esta dama, Manuel García Hernández, también escritor, nos ha dejado una página fiel y conmovedora del final de Blanco-Fombona: "Mi señora lo apoyó en su seno y poco a poco, serenamente, cristianamente, se fué apagando la llama en que ardía este apasionado hombre de letras. Murió sentado, sin dar síntomas de agonía. Tuvo una muerte tranquila, sostenida su frente por

las manos de una mujer argentina que le rodeó de cuidados. Eran las 19 y cinco horas. *El León de América* rendía su tributo a la vida de luchador que llevó. Lo colocamos en la cama. Mi señora cerró los ojos del famoso autor del *El hombre de hierro* y le colocó un pañuelo para igualmente dejar cerrada su boca. En su rostro había serenidad”.

Ésta es la descripción de García Hernández quien con su esposa, con otro noble amigo, Félix Guerrero y con el médico argentino Manuel Enrique Bello, asistió al postrer instante del gran venezolano.

*
* *

Rufino Blanco-Fombona falleció en Buenos Aires, en un cuarto del *City Hotel*, el 16 de octubre de 1944. La prensa venezolana le rindió el homenaje que a su memoria se hacía acreedor. Por toda América hispana cundió la noticia, y en muchas plumas se encendió la evocación de la figura extinta y de su tiempo, en la era de su juventud accidentada.

Tampoco hacía mucho que Blanco-Fombona había ocupado la gran crítica americana, con una obra de considerable valor histórico. Precisamente, hacia el mes de octubre de 1943, apareció *El espíritu de Bolívar. Ensayo de interpretación psicológica*, biografía que culmina las pacientes investigaciones, la ardorosa admiración constante de Blanco-Fombona por una de las figuras superlativas de América. Ha debido ser su última producción, al menos publicada, aunque suponemos que aparecerá algún trabajo póstumo. Y hasta en eso fué notable. Bolívar fué, para Blanco-Fombona, el ídolo de su americanismo profundo, la encarnación de sus anhelos ideológicos, algo así como el mito en que únicamente se cree y se espera.

Pero hubo algo más, íntimo, subconsciente. La pasión del hombre se encontró reflejada en la pasión del otro hombre. La más acendrada labor de investigación histórica, las mejores reservas de análisis retrospectivo, el más concentrado patriotismo y el más cien-

tífico esfuerzo de la pluma, los dedicó Blanco-Fombona a la persona y a la obra del *Libertador de América*.

*

* *

Nacido en Caracas en 1874, Rufino Blanco-Fombona era de genuina y de hidalga estirpe española.

Para los españoles merece recuerdo y veneración. Paladín de las libertades en todas las latitudes, exagerando en ocasiones su ímpetu liberal, a Blanco-Fombona le envuelve la doble aureola de su arrogante y legítimo título de americano y de su otro soberbio y moderno, de español.

Sí, porque cuando leemos sobre el *modernismo* de Blanco-Fombona en la literatura hispanoamericana, inmediatamente después de los precursores de ese movimiento, junto con nombres como el uruguayo Enrique Rodó, y el colombiano Sanín Cano, lo vinculamos inmediatamente a quel otro *modernismo* español, comprendido con los de la generación de 1898.

Por la forma, es Blanco-Fombona un adaptado a la corriente moderna, pero no despojado totalmente de acentos románticos. Es de la trayectoria que inició Martí, que perfiló Rubén Darío y que cuajó con Santos Chocano y Amado Nervo, en la retórica, en el verbo.

Pero le encontramos, en el fondo, un español de los más conscientes y firmes de aquella generación, que, después del realismo de Juan Valera, produjo Unamuno, filósofo, y después Juan Ramón Jiménez y los Machado, postas, Gómez Carrillo, Gómez de la Serna, ensayistas, la independencia de Blasco Ibáñez, y produjo Pío Baroja, Cansino Assens, Valle-Inclán y luego Ortega y Gasset, para concluir con García Lorca. No citamos más, y expresamente, que aquellos que tuvo ocasión de conocer bien, en España, Blanco-Fombona.

Otros personajes literarios con los que estuvo en contacto durante su peregrinación europea, son Paul Valery, Joaquin Edwards, Bacarisse y George Duhamel. Y, con compatriotas continentales, tuvo estrecha vinculación, como con García Calderón y con Bustamante.

Si, entre los *modernos* de Venezuela, hay que incluirle con la pléyade que forman Pedro Emilio Coll, el novelista Díaz Rodríguez, Urbaneja Alchelpol, Eloy G. González y Pedro César Dominici, Blanco-Fombona se destaca entre ellos con singularidad. Y le rendimos el tributo diciendo que, también entre la brillante generación del 98, española, él se destacará entre los más leales, los más fieles a su responsabilidad, los más firmes. Como Unamuno, los Machado, Díez-Canedo, Valle-Inclán y García Lorca, aunque este último ya es posterior a los del 98.

Destácase sí, Rufino Blanco-Fombona, entre los de la generación española del 98 y siguientes, incluyendo a los españoles que más hayan experimentado la honda herida nacional de la catástrofe española. Que se lo pregunten si no a los neoyorkinos.

De una semblanza debida a Angel Dotor, redactada y fechada en Madrid en 1926, para la Argentina, extraemos lo siguiente: “Cuando los Estados Unidos ocuparon Puerto Rico, Blanco-Fombona llegó al puerto de San Juan en un barco. Y dando fe de su españolismo desembarcó con una gran bandera española dando vivas a España. Los vencedores le obligaron a reembarcar. En sus escritos abomina de la expoliación de que fué víctima España...”

Hablamos de Fombona y de su época más viva. Nunca supó detener este hispanoamericanismo los imperativos de su genio y únicamente cuando la edad, con su achaque cardíaco, le ablandó las energías físicas — y esto ya en los últimos años — es cuando se le sorprendió la decadencia de sus impetuosidades; pero nunca la de su ideal. A aquellas excitaciones sucedieron las asperezas de un hombre enfermo, las violencias de otro orden, en el de su desprecio a las tertulias, a los agasajos públicos, a los homenajes convencionales, a los núcleos de amistad improvisados. Como sucedió cuando casi un año por tierras de México, Norteamérica, Cuba y Brasil, llegó por última vez a Argentina. “Venía de un largo recorrido trayendo mucho cansancio en sus ojos...”, nos dice García Hernández.

Cansancio en los ojos, en el cuerpo y en el corazón.

*

* *

II

Los que, con motivo de la muerte del ilustre venezolano Rufino Blanco-Fombona, se ocuparon de su personalidad, rehuyen claramente mezclar al político con el literato.

Rafael Pineda, quien nos ayuda también en esta rápida semblanza, al evocar, en un artículo, a su compatriota, confesaba que la noticia del desaparecimiento de aquel hidalgo y combativo renovarías pasadas disensiones, pero que ahora realmente interesaba muy poco el pasado político de Blanco-Fombona.

Nosotros, que hasta hoy nunca *sentimos* la política — encontrando en esto un grave defecto de educación cívica —, actualmente estamos convencidos de que esa separación de política y literatura, en los hombres de pública proyección, es un error, y error que trasciende luego analizar la obra y la consecuencia que hayan dejado en vida los autores.

La política se ha elevado a categoría de interés universal y hasta popular, o entonces es que debemos estar alertas contra maniobras peligrosas. En la política hunden infelizmente sus especulaciones personas, entidades o poderes a los que estamos acostumbrados a respetar por su condición exclusivamente cultural o por su misión ecuménica de amor y fraternidad al margen de la peculiaridad orgánica del Estado.

En el caso de Fombona hay un político, también por exceso de pasión. En su patria, puede decirse que dura hasta 1910 esa excitación suya, que tampoco fué, y lo repetimos una vez más, ambición de caudillo, sino posición de batallador, o hidalgo gesto de patriota intransigente.

Como no estamos al par de lo que fué la política de Venezuela en el tiempo mozo de Blanco-Fombona, no hablamos de lo que no sabemos. Y, si lo supiésemos tampoco hablaríamos, por un elemental deber de criterio propio: No tratar de la política del prójimo, mientras el prójimo no se introduzca en la nuestra.

Pero, la política de Blanco-Fombona nos interesa a nosotros ahora, por lo que tuvo de valentía, de coraje, de fervor, en la defensa de estas dos cosas tan sencillas: la Libertad y la Justicia.

Y, en segundo término, nos interesa Blanco-Fombona político, porque fué uno de los hispanoamericanos que se incorporaron, se integraron con amor, con devoción, al alma española, al ansia española, al corazón vivo y sufridor de España.

Blanco-Fombona, fuera de su patria, se radicó en Madrid. Su labor española fué de *americanista* entusiasmado. Fundó editoriales como las de *Ayacucho*, *América* y *Andrés Bello*, que cumplían su labor divulgadora del pensamiento americano.

Fombona aprovechó esas armas para hostilizar la tiranía que, él entendía en aquel tiempo, sojuzgaba su patria; y naturalmente, para él, América y España eran dos motivos y dos preocupaciones.

Fombona se alistó entre los combatientes a los rancios regímenes; y en la Península ibérica soplaban los vientos contrarios a la monarquía, que desencadenó la dictadura de Primo de Rivera. Éste, sencillamente, no simpatizaba con el venezolano integrado en el Ateneo madrileño, alentando la causa izquierdista, hostil a los Borbones.

Este hispancamericano, arrojado, vehemente, soberbio en el éxtasis de su ideología, cordial y tierno con el amigo, se agranda ante los ojos de los españoles.

Blanco-Fombona no se libró de asechanzas y dificultades, en los años agónicos de la monarquía española, pero no le llegó la persecución que a veces se ensañó con Miguel de Unamuno — su amigo y compañero en la ocasión.

El profesor de Salamanca, comprendido por Blanco-Fombona, cuando éste decía, refiriéndose al indómito catedrático de griego: “Un hombre, en verdad un hombre debe ser superior a todo, incluso a la vida, incluso a la muerte”. Como lo fué.

Blanco-Fombona perteneció a ese linaje de hijos de España que llevan con raíces el amor a la madre. Son de los que se agregaron a la vida española, como si fuesen españoles, y sin dejar de ser americanos. El fenómeno no es raro; pero tampoco es muy corriente. Un antecedente de este hispanoamericanismo tan español, o viceversa, se registra con otra figura sobresaliente venezolana, filólogo e historiador, Rafael María Baralt (1810-1860),

Modernamente ha habido otros casos, como el del cubano Zamacois.

Pero con Blanco-Fombona, la actitud fué tal y su actividad, tan republicana, que, al cambiar el régimen español, la República no sabiendo cómo premiar al batallador americano aquella su abnegación por el pueblo, le confirió hasta el cargo de Gobernador de provincia, que ejerció en Almería y en las islas Canari. Por primera vez se dió este caso en la historia política española, pues Blanco-Fombona seguía siendo venezolano.

¿Cómo, pues desechar nosotros ahora al político en gracia al literato?

No. Nos interesa mucho el relieve de este combatiente de ideas, nos interesa mucho hacer constar que, últimamente, peregrino por vocación en estas tierras continentales americanas, Blanco-Fombona manifestó nostalgia española.

Fombona, hidalgo hasta la médula, viril hasta en el dolor, recio siempre y blando como amigo, Fombona poeta, novelista, historiador, polemista, polígrafo, más americano que muchos americanos, más español que muchos españoles.

Duro hasta la insolencia con los fatuos, con los mediocres que quisieron enfundarse en sabiduría pagada, en famas concedidas, con los pedantes, con los cantores del *azul*, no al estilo del bardo hombruno Rubén Darío, pues también adoró el *Azul*, sino con los morbosos y chabacanos que se extasían con las volutas de humo rubio, en noches de cigarras estivales. Y de vez en cuando se sobresaltan, para hablarnos de la tradición cristiana española.

Fombona, poseído de un individualismo que quizá, como insinuó Peña Barrenechea, trasciende a influencia de Nietzsche, ya que, como éste, amó y odió intensamente.

Cuando se intenta revivir la imagen de Blanco-Fombona desde los comienzos, se nos aparece con el gallardo anacronismo de aquellos caballeros poetas y soldados del Siglo de Oro español. Gentil como un Garcilaso y mordaz como un Quevedo.

En el siglo del Renacimiento italiano le situó Rubén Darío, cuando le retrató en el prólogo de uno de los libros de versos

de Blanco-Fombona, *Pequeña Ópera lírica*. Le hace moverse en el escenario de la Roma del cardenal Ferrara, de Gabriel Cesano y del artífice Benvenuto Cellini.

A nosotros se nos ha antojado verlo por la corte de Carlos V, con misión secreta en París, desterrado en una isla de Darnubio haciendo compañía al autor de *Flor de Gnido*, y dando cuchiladas por los arrabales de Nápoles en Italia. O bajo los puentes de Venecia, participando de complots o lanzando panfletos a los señores tiranos. Al fin al cabo, su tierra — Venezuela — debe su nombre a la Venecia italiana; así de semejante la encontraron los primeros exploradores.

Dejando un momento la pluma para blandir la espada. Como los héroes de la gloriosa y real leyenda de las Letras Aureas españolas, como uno cualquiera de ellos, Rufino Blanco-Fombona comienza con la carrera de las armas. Claro que no al servicio de reyes o príncipes, que eran otros los tiempos, los problemas y los fines, sino como un revolucionario voluntarioso.

A los 18 años se alista en la campaña contra el general Andueza Palacio, presidente venezolano de 1892 a 1894, y, en méritos a su valor de simple soldado, se le asciende a ayudante del general Fernández. Llega a ministro de la Guerra de Venezuela.

Pero sus años son aún muy pocos y la intranquilidad mucha.

Sale de su patria para los Estados Unidos, donde dirime sus antagonismos con los imperialistas a bastonazos o a sablazos. Al soldado sucede el espadachín, igual que insignes poetas españoles del siglo XVI.

González Blanco, que dedica a Blanco-Fombona largas páginas en su estudio *Escritores representativos de América*, diría después de él: “Jamás he visto en ningún hombre tanto orgullo mezclado a tanta entereza, a tanta rectitud moral y a tal dignidad en la vida...”

La fecundidad de la vida de Blanco-Fombona nos arrastra...

*

* *

III

Toda la existencia de Rufino Blanco-Fombona parece arrancar de esta oración exaltada, que pone en una de sus poesías, dedicada a las Vida:

Hada,
ponme en el brazo músculos
y ambición en el alma.

De los Estados Unidos regresa a Caracas, y con 25 años publica su primera obra lírica — *Trovadores y Trovas* —, que mereció el elogio del insigne crítico y novelista español Leopoldo Alas (Clarín), y, al año siguiente, en 1900, ofrece su *Cuentos de poeta*.

Desde este momento otra fase de lucha política comienza para Fombona, con paréntesis diplomáticos, y siempre activo el escritor. Ha dejado el arma del soldado, pero esgrime la espada del desafío, como un caballero del *quinientos*. Tiene que salir de su patria otra vez, por un duelo con un rival partidario de Ignacio Andrade, en el último año de la presidencia de éste. Y, con el sucesor en la primera magistratura de Venezuela, Cipriano Castro, es nombrado secretario general del estado de Zulia. Pero Castro no era menos amigo de la fuerza y se enfrentó con el poeta. Violentamente tuvo Fombona que repeler agresiones, siendo preso, y libertado con manifestaciones populares en Maracaibo.

Aceptó el cargo de cónsul de su país en Amsterdam, que si no era ciudad — con su austera frialdad del norte — a propósito para su temparemento, era una fascinadora vecindad con París, en cuyo contacto se puso. Por esa época apareció su *Pequeña Opera Lírica*.

En 1905 se encontraba otra vez en Venezuela; el gobierno, quizá para desentenderse de él, le nombró gobernador del territorio de Amazonas, región todavía en primitiva organización y de ruda condición natural. Allí estuvo a punto de sucumbir, asaltado por la furia de un caudillo sin escrúpulos, Víctor Aldana, y tuvo que resistir y defenderse a tiros, repeliendo la agresión desde su palacio gubernamental. Tampoco iba a ser mejor Juan Vicente Gámez, que, derrocando a su antecesor, desde 1910 se hizo dueño

del poder; y Blanco-Fombona, secretario de la Cámara de Diputados, fué expulsado del territorio.

Inició entonces su destierro prolongado, residiendo principalmente en España, donde parece formarse su definitivo carácter de magnífico escritor. Hasta esa fecha que es la de 1910, aparecen sus *Cuentos americanos* (1904) y su excelente novela *El hombre de hierro* (1907).

El trayecto de su existencia por Europa, sobre todo España y Francia, corre a través del amor, la polémica, el estudio y la pluma. Se le han contado hasta dieciséis matrimonios y su sed de amar se sació en fuentes apasionadas de diferente sabor nacional: españolas, francesas, holandesas, peruanas, polonas, austríacas... Rubén Darío, a ese propósito, afirma que Fombona había oído el dulce *te amo* en todas las lenguas. Su inconstancia donjuanesca era proverbial entre los que lo conocían. De las mujeres que se destacan — o porque él las recordase o por otras referencias — sabemos de una israelita holandesa, Henriette, de una cantante de Apolo de París y hasta de una monja que, en un viaje a Colombia, conoció el poeta, para bien o para mal de la religiosa. No contamos las Consuelos y las Germaines y hasta una condesa austríaca.

Mas su corazón, tan sensible a la caricia de unos bellos ojos femeninos, no era menos ciego ante peligros. Con el florete o con la pistola, saludó al amanecer varias veces, en las afueras de París o de Venecia. En la ciudad Luz, se batió por desentendimientos periodísticos con el hermano de la poetisa condesa de Noailles, príncipe de Brancovan, con el escritor Binet-Valmer y, a las veinticuatro horas siguientes, con un redactor del *Mercure de France*. Dice A. Dotor, que en este último duelo el español Gómez Carrillo fué testigo, y que comentó el encuentro con estas palabras: "He comprendido todas las revoluciones de Venezuela viendo sobre el terreno a Blanco-Fombona".

¿Es para no creer resucitada la estampa de un hombre del siglo XVI, enamorado, poeta y pendenciero?

Su físico era la arquitectura de esa interesante alma pecadora. "Ancho de cara y de corazón, de maxilar robusto, de cabello obs-

curo y revuelto, de ojos negros y vivos, de voz imperiosa y hombruna... sensación de vigor masculino, de hombría, de voluntad", éste es el retrato que de él ha hecho el peruano Alberto Guillén, el autor de *Laureles y Arequepay*.

España, como repetimos, fué su segunda patria. Con Rubén Darío y Gómez Carrillo formó un triunvirato de bohemia literaria, tanto en Madrid como en París.

Fombona recorrió toda Europa y América. El incansable viajero fué desmayando en dinamismo únicamente con la edad, cuando Barrenechea lo ve con el rostro demacrado, con lentes obscuros y fatigado el gesto; en fin, con setenta años.

Pero, no fué el vagabundo entregado sólo al devaneo y a la aventura. Es el cerebro ambicioso, que se va apoderando de una vasta cultura, registrando las efemérides de los países visitados, sus figuras eximias en el arte, en la ciencia y en la política, analizando las costumbres, con vocación de historiador, de crítico, de ensayista y de novelista.

Hay sobre todo 25 años en su vida, en que su labor, su trabajo literario, es formidable. Escribe y edita en España, sabe de todos los países de Europa y América, de sus tribunos y sus héroes. Discute y resalta su espíritu beligerante, en el periódico, en las tertulias, en los Ateneos, pero llevando su americanismo como bandera de combate, sobre todo su *Bolivarismo*.

Tampoco vivió de especulaciones, de *chantages* de comerciante de *panfletos*. Su decencia en ese punto fué clara. Su genio violento no lo exponía más que al ímpetu de sus convicciones de republicano demócrata fervoroso. Otro Quijote en su ideal político, y ni siquiera fué Sancho cuando enamoraba, pues su frivolidad era otro aspecto de su inquietud espiritual.

Aun regresó a su país, y sirvió con el general López Contreras, época de una actuación administrativa de Blanco-Fombona que no agradó.

Fué también representante diplomático de Venezuela en el Uruguay.

De vuelta a España, asistió al advenimiento de la República, abandonando la Península con el cambio de régimen en 1939. En

España consagró mucho tiempo a la investigación histórica, aprovechando los valiosos Archivos, especialmente sobre América.

Pineda dice que descolló en Venezuela, como Rodó y Herrera Reissyg en Uruguay, González Prada, Vellejo y Luis Alberto Sánchez en Perú, Silva y Jacob en Colombia, Amado Nervo y Díaz Mirón en México, Rubén Darío en Nicaragua, Lugones en Argentina y Pablo Neruda, Huidobro y Silva Valdez en Chile.

Aún llegó a ser Ministro de Venezuela en La Haya. La enfermedad le fué minando y, a partir de 1939, estuvo buscando salud, viajando a Norteamérica desde donde se dirigió a Argentina, pasando por Cuba y Brasil. Como dijimos, murió en Buenos Aires, en 1944.

Sus últimas vistias a Caracas no recogieron más que nostalgias de su pasado y de sus amigos, de los que sobresalió, en su afecto, el peruano Francisco García Calderón — el brillante continuador espiritual de José Enrique Rodó.

Su obra suma unos 58 volúmenes. Como poeta, además de lo enunciado, descuella *Cantos de la prisión y el destierro* y *Cancionero del amor infiel*. Hay en su lira, al principio, un entusiasmo por la estética de Rubén Darío; pero pronto se afianza su propio acento apasionado de poeta romántico, aunque no lo sea expresamente como una excepción en el modernismo, y sí como una expresión de su propia idiosincracia y temperamento.

Blanco-Fombona integra desde luego la vanguardia de la lección renovadora que, a nuestro juicio, afirmó la personalidad literaria hispanoamericana, que es el verdadero sentido de la afirmación de Isaac Goldberg, al decir que por el modernismo americano entró el continente de Colón a la literatura universal.

En su *Carta lírica*, versifica su sentido poético:

Y te adoré ... De mi pasión romántica,
nacida a perecer dentro del pecho,
apenas brota la afligida cántica.

Es un dinámico; la contemplación, por el solo deleite artístico o la concentración, por filosofía, no eran para su brío y su virilidad. Así es que como novelista y cuentista adquiere una talla excepcional, con un recio perfil nativista. Su *El Hombre de hierro*

es la censura robusta al régimen político y social de su país, censura que continúa en *El hombre de oro* y en *La máscara heroica*.

Su prosa, pastosa en color, es viva y a veces contundente; tiene índices notables además en *Dramas mínimos*, *La bella y la bestia* (1927), *La lámpara de Aladino* (1916), *La mitra en la mano* (1931), *La novela de dos años* y *El espejo de dos faces*.

El polemista o el político está en *Judas Capitolino*, de 1912, y hasta en su autobiográfico *Diario de vida*, publicado en 1929.

El ensayista, de fecunda aptitud analítica, está en *El modernismo y los poetas modernos* y en *Letras y letrados de Hispanoamérica* (1931), está aún en su estudio sobre Andrés Bello.

En fin, el crítico, el científico, el historiógrafo, está en *El conquistador español del s. XVI*, que por algo tenía llamarle la atención ese tipo, ya no sólo por su proyección en la historia americana, sino por la íntima seducción que le produjo el aventurero de las pasadas grandezas.

Blanco-Fombona es el autor de una documentación crítica sobre Bolívar — de las Cartas, de los Discursos y Proclamas del Libertador de América — hasta su última y trascendente biografía. Tema éste que merece, por sí, un capítulo aparte por el interés y la sugestión del héroe y del autor que le trató.

*

* *

IV

Cuando un hombre del temperamento, de la inteligencia y de la cultura de Rufino Blanco-Fombona se siente atraído por el estudio y el amor a un tema constante, sobre todo si este tema es el de alimentar la actualidad de una figura histórica, es que ha descubierto en esa figura los íntimos reflejos de su propio ser. A Blanco-Fombona, le absorbió la personalidad de Simón Bolívar.

Su último libro, resumen de su vehemente afición por el héroe, no es simplemente la biografía, ni la historia política y militar del Libertador. Ya el título, revela y acusa la ambición latente y el misticismo del autor: *El espíritu de Bolívar. Ensayo de interpretación psicológica*. Este enunciado es la clave de la admi-

ración, de la *vinculación* que experimentaba Fombona, de creerse él mismo como un vástago de la recia estirpe que engendró a Bolívar. No descartamos aquí el sentimiento de vanidad patriótica y de americanismo, este último, muy hondo en Blanco-Fombona.

A este respecto, el poeta y escritor español González Blanco relata, a modo de anécdota, que estando cierta vez en París, en un café, a las dos de la mañana, Rubén Darío, Gómez Carrillo y Blanco-Fombona, con algunas dosis de whisky en el cuerpo, daban rienda suelta y sincera a sus pensamientos. — Dice el inmortal filósofo español, Séneca, que la borrachera es una locura voluntaria, y, otro refrán castellano, que son los niños y los locos los que dicen las verdades —. Parece que Rubén Darío, de Nicaragua y Gómez Carrillo, de Guatemala — aunque español cosmopolita —, desdeñaron en aquella ocasión a sus pequeñas patrias americanas, soberbios en su fiebre de endemia parisiense. Fombona se encrespó y tomó las posiciones contrarias, con su característico gesto de paladín y polemista. “Usted, Carrillo, es cónsul de su país, usted, Darío, espera serlo del suyo. Allá son ustedes gente, aquí, no son nadie. Allá son Rubén Darío y Gómez Carrillo; aquí el número 10 ó 25 del hotel. Ustedes en el fondo son filisteos, burgueses, aman a París, a Francia, a Europa; la fuerza, lo rico, lo establecido, lo estampillado. Yo, no. Yo amo a la América, a nuestra América; y aunque sea pobre, india, salvaje, la amo...” Y, con alcohol o sin él, Fombona fué siempre el campeón del valor, de la personalidad de América, frente al *snobismo* de los renegados por europeísmo. De modo que no se discute esa faceta de sus sentimientos continentales.

Pero, insistimos en ese hilo sutil y misterioso, que unía al escritor venezolano con el inmortal hombre de su tierra. Tampoco con esto queremos excepcionar a Fombona, en su atracción por Bolívar. Peña Barrenechea recuerda, muy oportunamente, hablando del autor del *Hombre de hierro*, el culto por el Libertador que profesaron Juan Vicente González — el encendido orador — y Felipe Larrazábal — el entusiasta liberal.

Tradición *bolivariana*, que una pléyade de ilustres venezolanos iluminó: como Fermín Toro, prosista y poeta; el historiador Rafael

María Balart; Cecilio Acosta, polemista y luchador contra dictaduras, autor de *Mis exequias de Bolívar*. Nombres todos del pasado siglo, exponentes de cultura, gramáticos y filólogos, al par que literatos de cuño clasicista y romántico. En la actualidad, la antorcha de ese culto, parece haberla heredado Manuel García Hernández, compatriota de Fombona, con larga residencia en Buenos Aires, y a quien ya hemos tenido ocasión de mencionar anteriormente. García Hernández ha escrito también una obra, más reciente que la de Fombona, intitulada *Bolívar, realidad continental*.

Hay que señalar un punto, que no deja de tener su interés. Existe una corriente en Argentina, mal robustecida a nuestro juicio, y otra, en Venezuela, con curso contrario — y tampoco creemos muy justificable — acerca de una emulación recíproca entre Bolívar, venezolano y San Martín, argentino. El cronista Ramón Hidalgo, que ha comentado la obra de García Hernández, aborda clara y valientemente la cuestión. Propone Hernández, en su libro, que se alcen sendos monumentos en Argentina y Venezuela, representando a los dos héroes juntos y perpetuando el abrazo histórico del 26 de julio de 1828, en la ciudad de Guayaquil.

Los argentinos han creído que Venezuela ha ensalzado a Bolívar en detrimento de San Martín y los venezolanos, que Argentina desestima a Bolívar en gracia del general de Maipú. Se ha especulado con ocultas ambiciones de gloria de dos rivales y hasta con la ideología monárquica, que se ha atribuído a San Martín.

El venezolano Ramón Hidalgo, contestando al glosador Enrique Delaheza, que atacó, poniendo de relieve la superioridad moral del general argentino, propugna el terminar de una vez con tal litigio. En cuanto a los excitados por esa competencia de personalidades, rebajando a Simón Bolívar, les recuerda Hidalgo que — Andrés Bello —, *capitán intelectual de libertadores*, aconsejaba desde Londres, en 1812, a los jóvenes Alvear, O'Higgins, Moreno, San Martín y Guido; y que — Francisco de Miranda — desembarcaba en las costas de Venezuela en 1806, cuando San Martín estaba al servicio de la monarquía española y que fueron, ambos, los guías espirituales del Libertador de Argentina. Los dos eran venezolanos.

Pero, repetimos que esta controversia no debe tener razón de ser, ni menos debe ser rémora para afectos mútuos. Los ánimos han

estado excitados, pero todo lleva camino de aclararse y repararse. La obra de García Hernández es un buen estímulo para esto y un noble aliento.

El libro de Rufino Blanco-Fombona apareció en uno de los últimos meses de 1943. Las publicaciones *Cultura* y *La Esfera*, de Caracas, se refirieron a él con elogiosos comentarios. Fombona, como en capítulo precedente señalamos, ya contaba en su bibliografía con trabajos sobre Bolívar, y no sólo como escritor sino hasta como editor. También anotamos que Fombona escribió, y muy notablemente, sobre la alta figura intelectual de Andrés Bello, nombre ya universal.

Consta, *El espíritu de Bolívar*, de cinco partes. Sucesivamente, Fombona investiga, estudia y expone en ellas, con escogido criterio científico y amplitud de miras, primero al hombre en sí, físicamente, su idiosincracia española y su perfil militar, para continuar analizando las facultades anímicas de Bolívar, su capacidad de actuación como soldado, escritor y político. Sondea sin temor, pero prolijamente documentado, las aptitudes que adornaron al Libertador y los motores de su alma — pasión y sensibilidad — y, en fin, la potencia de su intelecto y de su imaginación.

La Esfera de Caracas comentó, que tal vez sea Sandburg el único que, en los Estados Unidos, ha intentado con buen éxito, con respecto a Lincoln, una tarea semejante a la que Blanco-Fombona ha llevado a cabo sobre Bolívar.

La obra sigue exponiendo un amplio cuadro de perspectiva política, desde la realizada por España en los años críticos de la Independencia, hasta los proyectos de Simón Bolívar, diversificando los temas históricos, como el de la Santa Alianza y América, los nuevos estados americanos y la esencia de la obra cívica del Libertador, más que libertador, creador de una conciencia continental. En este escenario, Fombona hace también desfilar personajes de América y que entraron en la órbita de acción de Bolívar.

El libro se cierra con el análisis del biografado en el crepúsculo de su existencia y en el declive de sus energías espirituales. El Libertador “no tuvo una psicosis debida a lesión cerebral alguna, sino más bien una de aquellas psicosis constitucionales en cuyos cua-

dros todos, más o menos, cabemos: genios, genialidades, normales e infra-normales”.

José Nucete Sandi considera la obra como la más nutrida de información, de documentación y de estudio.

Blanco-Fombona no nos deja un Bolívar anormal en sus postimerías, sino como el mismo de siempre, de un temperamento propicio a reacciones emotivas.

No hay que creer, sin embargo, que se trata de una operación puramente psicológica, o fisiológica; lo espectacular cunde por las páginas, hábilmente trazadas con robusta pluma. Es el espíritu — el nombre de la obra lo delata —, pero enfocado con visión mundial, como fuerza que surge en los hombres empeñados en las grandiosas tareas, haciéndolos eternos con su ejemplo, con su generosidad, y con su oportunidad siempre presente. Éste es el intrínseco mérito del trabajo de Fombona.

A Fombona se la requirió, por los comentaristas, para que su tesoro cultural, el fruto de sus vastas lecturas, la inagotable actividad de su cerebro, su patriotismo y su arte matizado de emoción, no sólo lo emplease en figuras ya hechas en el concepto mundial, sino en otras de Venezuela, dignas de salir del olvido.

Quiere decirse que aún se esperaba más de Blanco-Fombona, y cuando los años le agobiaban con su carga implacable. Pero no su instinto ya se lo había dicho. Terminaría su gran vida rindiendo el postrer homenaje a otra grande vida, la del Libertador de América.

Y Rufino-Fombona queda, como otra figura a añadir a la espléndida galería de grandes hombres de Venezuela.

A. González Blanco, *Escritores representativos de América*. Madrid, 1917, Comentarios a la memoria de Blanco-Fombona de Rafael Pineda (Caripito octubre, 1944) y de Pedro Díaz Seijas, (Caracas, 1949), aparecidos en “El Luchador” de Ciudad-Bolívar, de esos años.

* * *

UM POEMA DE BLANCO-FOMBONA

CORAZÓN ADENTRO

Llamé a mi corazón. Nadie repuso.
Nadie adentro. Qué trance tan amargo!
El bosque era profuso,
negra la noche y el camino largo.

Llamé, llamé. Ninguno respondía.
Y el murado castillo taciturno,
único albergue en el horror nocturno,
era mi corazón. Y no me abría!

Iba tan fatigado! Casi muerto,
rendido por la áspera subida,
por el hostil desierto
y las fuentes saladas de la vida.

Al sol de fuego y pulmonar garúa
ya me ateria o transpiraba a chorros;
empurpuré las piedras y los cardos;
y, a encuentro por segundo, topé zorros,
buhos, cerdos, panteras y leopardos.

Y en un prado inocente: malabares,
anémonas, begonias y diamelas,
vidos chatas cabezas triangulares
derribar muchas ágiles gacelas.

Qué hórrido viaje y bosque tan ceñudo!
La noche, negra; mi cabeza, loca;
mis pies, cansados; el castillo, mudo,
y yo toca que toca.

Por fin se abrió una puerta!
Toda era sombra aquella casa muerta.
Tres viejecitos de cabellos cano
y pardas vestiduras de estameña
me recibieron: — Adelante, hermano.
Parecidos los tres. La blanca greña
nevaba sobre el hombro a cada anciano.

Al fondo, en una esquina,
luchaba con la sombra un reverbero
de lumbre vacilante y mortecina.
— Somos felices, dijo el uno. El otro;
— Resignados. — Aquí, dijo el tercero,
sin amigos, sin amos y sin émulos,
esperamos el tránsito postrero.

Eran Recuerdos los ancianos trémulos.
— No es posible, pensaba. Es cuánto queda
de este palacio que vivieron hadas?

Dónde está la magnífica arboleda,
en dónde las cascadas,
los altos miradores,
las salas deslumbrantes,
y las bellas queridas suspirantes
muriéndose de amores?

Y me lancé a los negros corredores.
Llegué a las cuatro conocidas puertas
por nadie nunca abiertas.

Entré al rojo recinto: una fontana
de sangre siempre vívida y ardiente
corría de la noche a la mañana
y de mañana a noche, eternamente.

Yo había hecho brotar aquella fuente.

Entré al recinto gris donde surtía
otra fontana en quejumbroso canto:
el canto de las lágrimas! Yo había
hecho verter tan tenebroso llanto.

Entré al recinto gualda: siete luces,
siete cruces de fuego fulgescían,
y los Siete Pecados se morían
crucificados en las siete cruces.

Y a Psiquis alas nuevas le nacían.

Rememoré las voces del misterio:

— Cuando sea tu alma
de las Desilusiones el imperio;
cuando inmisericorde su cauterio
cuando el sufrir tus lágrimas agote,
te aplique el Mundo y el Dolor te azote,
puedes salvar la puerta tentadora,
la puerta blanca, la Tulé postrera...

— Entonces, dije, es hora.

Y entré con paso firme y alma entera.

Quedé atónito. Hallábame en un campo
de nieve, de impoluta perspectiva:
cada llanura, un ampo;
cada montaña, un irisado bloque;
cada picacho, una blancura viva.
Y de la luz al toque
eran los farallones albicantes
chorreras de diamantes.

— En dónde estoy?, me dije tremulento...
y un soplo de dulzuras teologales
trajo a mi oído regalado acento:

— Estás lejos de aquellos arenales
ardientes donde surgen tus pasiones
y te devoran como cien chacales.
Lejos de las extrañas agresiones:
a estas cimas no alcanza

ni el ojo inquisidor de la asechanza
ni el florido puñal de las traiciones.
Son ignorado asilo
al tigre humano y a la humana hiena;
y al aleve llorar del cocodrilo.
a los pérfidos cantos de sirena
Llegas a la tierra incógnita;
a tierra de simbólicas alburas,
toda misterio y calma.
Estás en las serenas, en las puras
e ignoradas regiones de tu alma...
Y me quedé mirando las alturas.

ÍNDICE

Prefacio	7
Eugenio Maria de Hostos	11
José Martí	35
José Henrique Rodó	67
Rufino Blanco-Fombona	89

COMPOSTO E IMPRESSO NA SECÇÃO GRÁFICA DA
FACULDADE DE FILOSOFIA, CIÊNCIAS E LETRAS
DA UNIVERSIDADE DE SÃO PAULO

1958